



# **CRIATURAS DE LA TINTA ALADA**

**Cuentos, minicuentos y cuentemas**

**Enrique González Rojo Arthur**

**2011**

## CATATONIA

Un cuentista con imaginación puede ver más y mejor que nadie. Los médicos y enfermeras del manicomio de Santa Fe no miraban en Sandra sino una pobre catatónica. Inmóvil, sentada, sin decir esta boca es mía, no teniendo más movimiento que el de sus parpadeos. Atendida en sus necesidades por el personal del nosocomio, Sandra no era sino un guiñapo humano, una psicótica ensimismada, sin posibilidades de mejoramiento ni el menor indicio de esperanza. Así la veían sus cuidadoras y cuidadores y por la manera en que la veían la trataban. Lo más que atinaron a hacer, al contemplarla siempre sentada o de pie, fue llevarla al dormitorio. Pero ahí ella volvió a estar de pie o sentada en la cama. El cuentista, en cambio, se dio cuenta desde un principio que la catatonía era algo así como la muralla china de una privacidad o, para ser más exactos, como la camisa de fuerza que la propia persona se autocolocaba para esconder lo que ocurría en el hondón de su alma. Y ¿qué era, en efecto, lo que transcurría en el interior de Sandra? En ella tenía lugar un drama personal. El corazón estaba enamorado de la sangre. Y ella le respondía con entusiasmo a sus requerimientos. Sandra se pasaba horas enteras siendo la alucinada espectadora de una palabra dulce, un beso o un abrazo concupiscente entre los enamorados. Pero en cierto momento, el cerebro también se interesó por la sangre. Esta última, que vivía una relación seria, profunda, monogámica con el corazón, no aceptó al principio los requerimientos atrevidos y un sí es no es insolentes del cerebro. Pero éste, que se las sabía de todas todas, en un descuido de la sangre, supo hallar las palabras pertinentes para descobijar sus reticencias. Y entonces, en el escenario anímico de Sandra, se instaló el triángulo perfecto: un corazón, un cerebro y la sangre. Durante horas y más horas Sandra se divertía con las vicisitudes del triángulo y las exquisiteces de lo prohibido. Pero un día la sangre tuvo escrúpulos: no podía seguir traicionando al corazón con el cerebro. Y decidió contarle todo, absolutamente todo, al corazón. El corazón se sintió compungido, angustiado, celoso. Pero –civilizado al fin- aceptó la situación. Y este fue el momento de mayor felicidad. Hasta Sandra dejaba ver, en medio de su inmovilizadora catatonía, una extraña sonrisa que no dejó de llamar la atención al médico que hacía su recorrido diario por el dormitorio. La Felicidad, así con mayúscula. El amor compartido, sin engaños, Eros sin grilletes. La felicidad de un amor entre la sangre y el corazón era también la felicidad de Sandra. Pero la felicidad, si es que existe, tiene las horas contadas. El corazón sintió de nuevo los celos de siempre y –ante el asombro de Sandra- sufrió el infarto de la idea del suicidio. Su muerte causó enorme estupor en la

sangre y el cerebro. Mas la tragedia no terminó ahí. La sangre no pudo, a partir de ese momento, resistir el sentimiento de culpa por la desaparición del corazón. Se sabía responsable y esta nítida conciencia de su culpabilidad hizo que tomara el mismo camino que el corazón. La sonrisa de Sandra se fue desvaneciendo. La inmovilidad se hizo aún más rígida. Los parpadeos se espaciaron. El cerebro, devastado por los celos suicidas del corazón y por la culpa aniquilante de la sangre, no pudo soportar la soledad y se acercó al abismo con intención de despeñarse. La enfermera de la noche notó que Sandra no sólo se había sentado en la cama, sino que se había acostado en ella, y que no dormía sino que había dado de bruces, ay, en ese estado en que la sangre se inmoviliza y dejan de funcionar el corazón y el cerebro.

## MINICUENTO

Colorín era un gatito, travieso como el que más, que un día se cayó en un charco de pintura fresca y salió hecho un Colorín colorado.

## POLISEMIA

Una de las facultades superiores de los hombres y mujeres es dar nombre a las cosas. El apelativo tiene que ser preciso, revelador y “a la medida” del objeto, el animal o la persona. No se puede denominar a la manzana pera y andar diciendo que nuestra madre le dio a morder a su aturdido compañero una pera en el Edén, porque podría haberse dado este chocante diálogo:

-¿Qué es lo que voy a morder?

-Es pera.

-Sí. Tómate tu tiempo.

Al rato:

Te repito: ¿Qué es esto que voy a morder?

-Es pera

Sí. Tómate tu tiempo.

Y así, si no para siempre, sí hasta que cayera en cuenta el cerebro poco usado aún de nuestro padre Adán del doble sentido de la palabra usada por su amiga.

## **POZO**

El abuelo se tiró al pozo y había que sacarlo. Los nietos, presurosos, le arrojamos una cuerda, y le gritamos que se agarrara fuertemente a ella para empezar a subirlo. Pero después de un gran esfuerzo sólo salió a la superficie el saco del abuelo. Tornamos a gritar y a arrojar otra vez la cuerda y sacamos los zapatos, los tirantes y la corbata del viejo. Su voz permanecía abajo, reticente. Después obtuvimos la camisa, los calcetines, la ropa interior y una fotografía de la abuela. Todavía se escuchaba su voz, pero como alejándose de nosotros en dirección al silencio. Arrojamus por última vez la cuerda y lo único que logramos sacar fue la sonrisa del abuelo.

## MENSAJE TRUNCO

Este texto no está dirigido a ustedes, lectores. No se hizo pensando en unos destinatarios concretos o abstractos. Ya sé. No necesitan decírmelo: todo esto resulta un embrollo ya que, aunque no fue creado para el público en general, no puede prescindir de vosotros. Creo que no soy claro. Pero no importa. Déjenme continuar. Como fue escrito para un solo lector (o mejor lectora) en esta narración voy a aludir a temas que nadie va a entender por la sencilla razón de que no sabe a qué aluden. Voy a hablar, por ejemplo, de un acuario, de un pez globo y de una anguila siempre acompañada de su hermana menor. ¿Verdad que no se entiende? Y así por el estilo. La destinataria se perdió o se volvió invisible hace muchos años, pero sé que si doy a conocer esta narración hay cierta posibilidad de que llegue a sus manos y entonces la intención con que redacté este texto, como una pregunta que encuentra los brazos abiertos de la respuesta, se verá por fin recompensada. Por eso este minicuento o lo que sea quiero que se dé a conocer con bombo y platillos, que muchos lo lean – aunque no sepan de qué diables está hablando- y que caiga finalmente en los ojos de mi lectora.

P.D. Mas, ay, ayer me enteré por un amigo que mi lectora potencial falleció hace mucho tiempo. El texto es, entonces, la encarnación del sinsentido; sólo representa una pérdida de tiempo para todos, y no hay por qué hablar de él. Es una voz clamando en el desierto, el puñado de frases de una tinta sin alas.

## MÚSICA DE CAMARA

No se conocieron en el Conservatorio, sino a la salida del cine. Ninguno de ellos se había visto nunca, pero salieron hablando de la película que trataba sobre la creación musical y sus intérpretes. Pronto se dieron cuenta de que los tres eran músicos profesionales: Daniel tocaba el cello, Paula la viola y Gonzalo el violín. No sé de quién fue la idea, pero decidieron, después de hablar de mil cosas, que en otra ocasión ensayarían juntos alguna pieza. Daniel, el más conocedor entre ellos de la historia de la música, dijo que no recordaba que hubiese un trío para los instrumentos que ellos tocaban ni en el clasicismo vienés (Haydn, Mozart) ni en el clasicismo italiano (Bocherini). Quizás en Ditters von Dittersdorf –pensó en voz alta-, pero desechó la idea. Voy a buscar algo y después les digo... También ustedes investiguen ¿no? Quedaron de verse otro día.

La impresión que tuvieron cada uno de su encuentro con los otros, fue de cierta indiferencia. Ella pensaba: no son simpáticos ni atractivos. No me parecen tan poco inteligentes. Gonzalo se decía a sí mismo: Paula no tiene ni buena cara ni buena pierna. Y además parece muy tímida y mojigata. Gonzalo reflexionaba: esta chica es la típica chava de la clase media que cree que en un instrumento –en su caso la viola- va a poder redimirse de la mediocridad de su medio ambiente. Además, carece de gracia y personalidad. A pesar de la dureza del enjuiciamiento que hizo cada uno, les atrajo a los tres advertir el sincero entusiasmo de todos por la música y el amor inocultable por su instrumento.

Se citaron en el departamento de ella para empezar a tocar juntos. Cada quien traía una propuesta: yo encontré un trío del músico alemán Max Reger –dijo Gonzalo. Yo hallé un trío del músico húngaro Ernst von Donhány –dijo Paula. Yo di con trío del músico vienés Alexander von Zemliski –dijo Daniel. ¡Qué curioso! –murmuró Gonzalo- los tres son post wagnerianos y pueden ser considerados como continuadores de Brahms. Es que –dijo ella- les encantaba la música de cámara y andaban a la busca de nuevas sonoridades y combinaciones tímbricas y qué mejor que asociar la voz grave del cello con la intermedia de la viola y la aguda del violín ¿no les parece?

Comenzaron con Reger. El primer movimiento, un *allegro con brío*, al que trataron de tocar a primera vista, les salió torpe (al parecer de Paula), desaliñado (según Gonzalo), insoportable (al decir de Daniel). Cada quien sintió que tocaba mal y que sus compañeros lo hacían peor. Estaban molestos

con su desempeño instrumental y fastidiados con la apariencia física y la actitud de los otros. Ahí habrían terminado las cosas, si Daniel no hubiese propuesto ¿por qué no estudiamos cada uno su parte en casa y nos reunimos después? Así lo hicieron, y la situación dio un vuelco espectacular. Ya no sólo corrió bien el *allegro* del Reger sino también el *presto finale* y especialmente el *adagietto* intermedio. Fue en ese momento, al calor de una interpretación aceptable, que Gonzalo descubrió las piernas de Paula. Al terminar el *adagietto* –en donde la viola tiene encomendada una bella melodía en grados conjuntos, y en que, no hay por qué ocultarlo, Paula había estado no sólo correctamente encuadrada sino elocuente- él la vio con cariño, admiración y descubrió sus piernas. A Daniel le ocurrió algo semejante, pero a la mitad del *presto finale*. En efecto, en un corto pasaje en que la viola y el violín establecían una suerte de diálogo y el cello enmudecía como si se dedicara sólo a escuchar la conversación de sus compañeros, el cellista, complacido de la forma en que la mujer había interpretado los tres compases de corcheas con puntillo de la parte intermedia, miró de reojo a la violista y adivinó sus senos, amplios y erectos, a pesar del corpiño, el vestido y el recato, y vio con toda claridad la entelada insinuación de los pezones. Pero hay que ir al fondo y contar todo lo que ocurrió en ese día. Paula también sufrió una transformación. La manera tan delicada, precisa y contundente, de tocar el violín de Gonzalo y el modo tan matizado, oscuro a veces, pero resuelto y entusiasta con más frecuencia en que manejaba su cello Daniel, hizo que ella simple y llanamente los deseara.

Lo ocurrido con Reger, se afianzó con Donhány y llegó a su culminación con el *Terzeto* de Zemlinsky. La libido que saltaba de Gonzalo a Paula, de Daniel a Paula y de Paula a ambos, de repente, y sin decir agua va, dio una cabriola y se asentó simultáneamente en Gonzalo y en Daniel. Gonzalo, al escuchar embelesado la manera de tocar de Daniel, sintió una extraña sensación y supo que lo embargaba el deseo. Daniel, ante la musicalidad notoria, pulcra y en crescendo de su compañero, cerró los ojos y se lo imaginó desnudo.

Más tarde, los tres se fueron a la cama.

## **EN TORNO A UN ASESINATO**

Al mismo tiempo que Poirot decía: nunca hay que dejarse llevar por lo obvio, el mayordomo limpió con un trapo el revólver y el botón de la puerta, corrió a su casa a sembrar en una maceta los laureles de su crimen perfecto.

## **REFLEXION**

Si se ve cómo se suceden la mañana, la tarde y la lóbrega noche; la juventud, la madurez y la triste ancianidad; la sonrisa, la risa y la vulgar carcajada; Los hermanos Marx, Los hermanos Ritz y Los tres chiflados, cae uno en cuenta de que, decadencia, eres la peor enfermedad del tiempo.

## **REACOMODOS DEL CIELO**

Que en el cielo había señales extrañas ya nadie lo podía dudar. Cada día que pasaba se hacían más y más evidentes. El problema no era sólo del sol, sino también de la luna.. Pero lo inquietante comenzó con el astro rey, el cual, todo pudor, ocultaba su desnudez con la danza de los siete velos (formados con deshilachadas nubes) durante su jornada diurna. Después deslizaba las yemas de sus rayos por la piel del globo terráqueo en vez del consabido diluvio de pulverizado fuego. Los humanos cayeron muy pronto en cuenta que todos los afeminados gestos del sol, sus flirteos con el mar y sus besos a los montes, tenían su origen en el perverso anhelo de ser como la luna, estar hecho como ella con carne de mujer y vivir más de noche que de día. La luna, por contra, soñaba con tener el vigor imperial del Señor de los astros, aparecer durante el día, no dejando las cosas suavemente plateadas a su paso, sino arrojar a los campos roturados de libido su semen incendiario. Los terrícolas supieron que todo se debía al sueño de la luna de ser como el sol, de abordar otro género, de

encontrar su vivienda en un nuevo litoral de la lujuria. Los hombres y mujeres intuyeron que el calentamiento del planeta algo tenía que ver con las señales extrañas, enigmáticas y hasta concupiscentes que advertían sobre sus cabezas, y pusieron, angustiados e iracundos, el grito en el cielo.

El sol y la luna, amedrentados, corrieron a sus closets nuevamente a ocultarse.

## DESLINDE GRAMATICAL

Aunque algunos los confunden, pez y pescado no son lo mismo. Todo pescado es un pez, pero no todo pez es pescado. Peces son lo que en los mares, los riachuelos o los lagos son dueños de sus giros, sus aleteos de ángeles mojados, la madeja indescriptible de sus rumbos. Pescados, los que con las redes o cañas de pescar son arrancados de su medio y pasados por las armas del oxígeno. Los peces condenados a recorrer sin descanso el círculo infernal de una pecera, también son pescados, víctimas del salvaje esteticismo de los ojos. Lo que hace, en fin, al pez diferente al pescado es la libertad, el ser una criatura que no sufre prohibiciones ni espacios acotados, el que, embarcado en su propia independencia, no padece los grilletes o el cadalso de las manos del hombre.

## CONSEJO

¿Dices que vas a intentar la narración erótica? –murmura la amante entre las volutas de humo del cigarrillo *post festum*. Y añade: dada tu tendencia a la eyaculación precoz, creo que triunfarás en tu empeño si te esfuerzas no en hacer novelas o cuentos, sino sólo minicuentos, cariño.

## **EL DIA EN QUE LA CLOTILDE Y YO FUIMOS A LA FERIA**

A pesar de que la Clotilde era reticente conmigo, mi perseverancia ganó la partida. A cuanta fiesta, cine o baile le pedía que fuera conmigo, mi empeño se daba un frentazo con su negativa. Así era siempre, hasta que llegó la feria al pueblo. Entonces, con cierto desgano formado a la sombra del escepticismo, volví a extenderle, medroso, mi invitación. Y cuál no sería mi sorpresa que mi solicitud halló un eco inesperado en su fuero interno. Fuimos, pues, a la feria. Yo la invité a subir a la rueda de la fortuna, con la esperanza de que, cuando estuviéramos arriba y el mundanal ruido se hallara a nuestros pies y muy lejano, podría robarle un beso. Pero ella me dijo: no, la rueda de la fortuna, el látigo y los caballitos me marean; mejor vamos al tiro al blanco, a la mujer-víbora o al palo encebado. Nos dirigimos a este último. En el trayecto ella se puso a contarme: mi abuelo me decía que la búsqueda de la felicidad en esta vida era como un palo encebado: por más intentos que se hagan para acceder a su anhelado extremo, inexorablemente se deslizan al fracaso.

Clotilde –la interrumpí- yo querría que fueses mi novia, y al decir eso me convertí atropelladamente en un hombre audaz que trató de tomarle la mano. Ella desde luego me rechazó, pero con una sonrisa que le dio unas alas pequeñísimas a mi esperanza.

Clotilde, medio en broma medio en serio, y después de meditarlo un tanto, me murmuró: Enrique, te voy a hacer una propuesta. Escúchame bien.

Ya se podrán imaginar cómo la atención se abrió paso a codazos entre todas mis vivencias para colocarse en primera fila en mis oídos. Acepto ser tu novia con una condición: que trates de llegar al extremo del palo encebado. Imagínate –continuó- que allí arriba se encuentra el sí... Ni tardo ni perezoso me acerqué al palo encebado y, después de intercambiar ciertas aclaraciones con el dueño del negocio, me preparé a vencer las dificultades que traía consigo el dichoso palo. Me abracé del tronco, apreté las piernas e hice que mis manos me fueran subiendo poco a poco a la gloria. Pero al llegar a cierto punto, y a contrapelo de mis más impetuosos afanes, me deslicé lentamente y sin poderlo remediar a mi desgracia. Mas el dueño del juego al ver mi semblante, me espetó: no se me amilane, joven. El juego consiste no sólo en un intento, sino en tres. Le faltan dos.

Me tranquilicé un poco. Reflexioné por un momento en qué errores había caído, y cómo evitarlos. Pensé en algo así como: hay que apretar las piernas y el cuerpo entero al palo y hacer que las manos contrarresten la resbalosa ley de gravedad del sebo hasta ganar. Nuevo intento. Nuevo fracaso. Al llegar al nivel de la vez anterior, vino una lucha a muerte de mis manos por arrebatarme un centímetro a mi enemigo. Pero ganaba uno y perdía dos, ganaba medio y perdía tres. Le falta un intento –me dijo jubiloso el dueño del palo ensebado.

Estaba a punto de realizar mi tercera frustración, con las consecuencias conocidas de los lectores, cuando advertí no muy lejos del palo un haz de herramientas, entre las que sobresalían un martillo, un serrucho y un hacha. Tomé el hacha y, ante el asombro de todos, con tres o cuatro golpes muy bien dados, derrumbé a mi enemigo. Puse mis manos en su punta –que ahora yacía en el suelo- y volví, triunfante, los ojos a la Clotilde.

El dueño del negocio se hallaba enfurecido; pero un billete que le coloqué en las manos amordazó abruptamente sus quejas y reniegos.

La Clotilde, entre enojada y risueña, me dijo: hiciste trampa, no se vale, pero me gustó tu audacia e imaginación. Actuaste como lo hizo Alejandro Magno cuando deshizo el nudo gordiano a golpe de espada. Me tomó de la mano y aceptó ser mi novia.

Después nos casamos, tuvimos varios hijos, plantamos varios árboles y podría terminar diciendo que fuimos felices para siempre, si no supiéramos, por obra y gracia del abuelo de Clotilde, que la búsqueda de la felicidad en esta vida es como un palo ensebado.

## **TERCERA EDAD, TERCERA**

Al llegar a la tercera edad, el poeta perdió dos cualidades: la memoria y la inspiración. Pero adquirió un defecto: la falta de escrúpulos. Desde joven, cuando usaba como seudónimo Simónides II odiaba los plagios a los que veía como “robos a mano armada de la inspiración ajena”. Pero ahora, ya en los litorales de la senilidad, al querer escribir (pese a su falta de inspiración) no halló otra manera que realizar un plagio (llevado por su nueva adquisición: la falta de escrúpulos), pero el poema que se robó (por su falta de memoria) era uno que llevaba al calce la firma de Simónides II.

## **MIRANDO EL RELOJ**

Si se ve cómo se suceden la mañana, la tarde y la lóbrega noche; la juventud, la madurez y la triste ancianidad; la sonrisa, la risa y la vulgar carcajada, Los hermanos Marx, Los hermanos Ritz y Los tres chiflados, cae uno en cuenta de que, decadencia, eres la peor enfermedad del tiempo.

## **REX Y LA CULPABILIDAD**

Rex había nacido para cuidar la puerta de la casa. Sus ladridos eran la forma sonora del letrero “se prohíbe la entrada”. Sólo permitía acceder a la casa a los dueños de ésta y eso si llevaban el salvoconducto del timbre identificable de la voz familiar. Durante años fue defensor de la propiedad privada con el mismo ahínco con que lo hace la Carta Magna que rige nuestra vida civil. Pero en una ocasión -¡en una sola!- se descuidó.

En la parte trasera de la casa había un agujero que, aun enrejado, dejaba ver desde adentro lo que ocurría en la calle. El caso es que en ese sitio se posó,

como quien no quiere la cosa, una perra de ladrar insinuante y vaivenes lujuriosos. Rex, desde adentro, pero con un ansia desmedida de hallarse afuera, concentró toda su atención en ese maravilloso punto del espacio. Y descuidó de tal manera la puerta de la casa que hizo posible que un ladrón, escalando la puerta, penetrara subrepticamente, cruzara el jardín y se introdujera, llevando sacó al hombro sus malas intenciones, en la mansión. Rex, aturdido por la sensualidad, no oyó nada; pero el ratero, tan lento como torpe, hizo tamaño ruido al interior de la casa, que Rex paró oreja, abandonó el sitio donde se había evidenciado su debilidad y su apetito irrefrenable de pecado, y se puso a ladrar de tal modo que no permitió al ladrón salir de la casa. Los dueños de ésta, más un policía del barrio que había oído el escándalo, llegaron en ese momento y aprehendieron sin mayor dificultad al delincuente. Los amos de Rex lo colmaron de felicitaciones, pero él, desde entonces en adelante, sentía que la culpa le quemaba las entrañas. Ya viejo, empezó a ahorrar sus ladridos, prefería estar acostado en un charquito de sol que todas las mañanas se formaba junto a la puerta. Ante cualquier extraño, enseñaba los colmillos y emitía un rumor de pocos amigos. Pero cuando sintió que le llegaba la hora se fue a tender junto al hoyo de la parte trasera del jardín y allí, cabe su viejo pecado, recibió la muerte.

## AMOR DE HERMANOS

Roberto y Raúl eran hermanos y se dedicaban a lo mismo: la pintura. Aunque Raúl tenía talento y no dejó de obtener cierto aplauso entre los conocedores, Roberto era un pintor excepcional que gozó desde joven de una ferviente admiración de los amantes de su arte. Raúl era bien parecido, pero no tenía, ni con mucho, la personalidad de su hermano. En lo que a la simpatía se refiere, Roberto era agradable, alegre y dicharachero, mientras que Raúl era retraído, hosco y un sí no es petulante. Adornado con todas las cualidades mencionadas, Roberto pudo casarse con Amelia, y Raúl –que también se había enamorado de ella- se quedó lastimosamente disminuido. El resultado de esto, es que se fue manifestando en Raúl una envidia que, con los años, fue creciendo como un tumor canceroso al que nada ni nadie le podía poner límites. En realidad Raúl se había descuidado, ya que, cuando la envidia apareció por primera vez en su interior, era una pequeña envidia, del tamaño de lo nimio y de la forma de lo manejable. Pero poco a poco, de manera tan abrupta como impertinente, ese sentimiento fue inundando, como el agua maligna de un turbión incontrolable, toda la entraña del joven pintor. No obstante, Raúl siempre tuvo la sabiduría o quizá sea mejor decir el tacto de ocultar a su hermano lo que sucedía allende su mirada indescifrable y su sonrisa melosa. Roberto, por consiguiente, creía tener el mejor de los hermanos, unido a él no sólo por la sangre sino por la más confiable camaradería. Roberto hubiera sido feliz –pues nada le faltaba- si (a la edad en que da con él este relato) no le hubiese sobrevenido una inesperada e incomprensible depresión que lo embargaba permanentemente. De Roberto no se puede decir que bajó la guardia ante la aflicción emocional que acabó por dominarlo, ya que ésta no fue de menos a más, sino que nació plena, rotunda, ejerciendo sus dominios a cabalidad y dejando hecha trizas su manera de ser acostumbrada. Roberto hallábase deprimido no de vez en cuando, sino en todo momento, aun cuando pintaba, hacía el amor o conversaba con los demás. La depresión era el sótano de su estado de ánimo habitual, el telón de fondo de la vida cotidiana, el nudo de vivencias insoslayable de todos los días. ¿La vida tiene sentido? Ninguno. Los hombres en general, y yo, Roberto, en particular ¿estamos aquí en el mundo por alguna razón? No hay tal. ¿Somos el producto de un designio? Nada más imbécil que pensarlo. La depresión de Roberto lo embargaba de tal modo que se había convertido en su segunda naturaleza. A veces, por recomendación del médico y por presión de Amelia, ingería antidepresivos que le inmolaban la angustia y le volvían a la serenidad; pero era una serenidad extraña más próxima al sonambulismo que a la vigilia. Y después de algún tiempo de echar mano de los fármacos, prefería los

sinsabores de la depresión a la asfixia de una vida artificial y embotada por el virtuosismo alquímico de la farmacología. Pero la depresión había acabado por ahogar todos los valores, entusiasmos, razones por las cuales vivir.

La envidia de Raúl, por su lado, viéndose impedida a crecer aún más –porque ya no le quedaba alma para tanta tristeza por el bien ajeno- se transmutó imprevisiblemente en odio: un odio recalcitrante y sin riendas por su hermano. Así estaban pues las cosas: Roberto, muy ensimismado, muy dentro de sí, con un alma deprimida que no sabía ya cómo vivir, y Raúl fuera de sí, con una envidia convertida en odio clandestino, furor que rehuye ser encapsulado en una designación, pero que no deja de existir, echar carnes, crecer. Roberto buscaba ayuda en su hermano, y Raúl fingía dársela. No quiero convertirme en esclavo de las drogas y dejar de ser yo –le decía Roberto a su confidente. Raúl aludía de pasada a las virtudes de los depresivos y a la necesidad de hacer uso de ellos para evitar la insoportable sensación que traía consigo la depresión. Pero yo te comprendo, hermano –decía a continuación-. Creo que no se puede hacer pedazos un carácter a cambio del plato de lentejas de la tranquilidad. No soporto ya esta enfermedad que me conduce a no soportarme a a mí mismo – Roberto decía en voz baja. Y Raúl argüía: valor, hermano. Yo estoy aquí al lado tuyo para ayudarte en lo que sea necesario. Roberto, con alguna ingenuidad a veces preguntaba: ¿Qué haces tú, Raúl, para matar el tiempo y no dar de lleno con el sinsentido de la existencia? Raúl respondía: mil cosas. Tú lo sabes. Leo por ejemplo novelas detectivescas, y es que estoy de acuerdo con el delicado y profundo Thomas de Quincey de que el asesinato es una de las bellas artes. Roberto clama: no sabes cómo te envidio. Yo no puedo evadir la presencia de este intruso que se me ha metido subrepticamente en casa y no quiere o quizá no puede salir de ella. Hermano: mi única esperanza es – perdóname que te lo diga- dejar de existir.

Las conversaciones continuaron en este tenor, hasta que Roberto, armándose de valor, decidido y arrebatado, espeta a Raúl: ayúdame, hermano. Nadie sino tú puede hacerlo. Ayúdame, por lo que más quieras. Raúl, convertido aparentemente en nítido ejemplo de amor fraterno, después de ciertas observaciones de mañosa reticencia, convino en ayudarlo. Cada día que pasaba, se iban haciendo más imperativas las demandas de Roberto. Hermano –decía- ayúdame. A nadie puedo hablar de esto. No quiero afligir a Amalia. Dame una mano. Raúl simulaba contrariarlo. Pero sólo un poco. Sin entusiasmo y, después de unas palabras rutinarias y para salir del paso, le murmuraba: te comprendo hermano y estoy contigo.

Preparó finalmente el escenario. Aprovechó la salida de vacaciones de Amelia y los niños. Llevó a la sala de la casa de Roberto las pastillas. Sirvió el vaso de vino tinto y, echando mano de una elocuente y rápida argumentación, acompañada de la más tierna de las miradas, deshizo de un plumazo la última duda que brotó, vacilante, de los labios de su hermano. Roberto quiso escribir una carta. Raúl trajo a toda velocidad el papel y la pluma. Y después, sin pensarlo dos veces, Roberto tomó apresuradamente las tabletas, se tendió en el sofá, y entró con paso firme a los pródromos nebulosos del suicidio.

Raúl le tomó el pulso. Esperó un instante. Buscó el teléfono para llamar al médico y, tras un momento de incertidumbre, se sintió envuelto en la felicidad más plena al saberse el autor de tan ingenioso como indiscutible crimen perfecto.

## UNA PETICION DE MANO

Wilhelm Ross se puso elegante, con corbata y todo, y llegó puntualmente a la cita que Rosaura De la Casa y Casa le había concertado con su padre. Él sabía que la plática y la petición iba a ser difícil, así es que durante horas estuvo dándole y dándole a la estrategia a seguir y optó por una fingida seguridad en sí mismo, una sonrisa displicente que no desaparecería pasara lo que pasara y un voto de sinceridad que –según se imaginó– seguramente desarmaría a su posible suegro.

Al llegar a la mansión, lo pasó ceremoniosamente un criado de lujo –que aquí no llamamos mayordomo, pero que no es otra cosa– a una amplia sala pero tan retacada de muebles, adornos, retratos, espejos, que parecía no ser tan grande.

Fermín –dijo el padre– trae una botella de whisky. El mayordomo volvió con una charola de plata, la botella que se le pidió, una hielera tintineante y agua mineral.

El saludo de mano entre Wilhelm y el padre de Rosaura fue el primer desencuentro. La mano del señor era fría, reticente, huidiza. La de Wilhelm, entusiasta y enérgica; pero al no sentirse debidamente acogida, vivió un instante de frustración en la frontera misma del ridículo. También hubo un conflicto de miradas. Wilhelm, gallardamente, quiso retener su mirada en el otro y fijarla ahí, casi sin parpadear, pero al poco tiempo se arrepintió dadas las circunstancias y se puso a mirar el color amarillo de sus calcetines.

Don Gilberto De la Casa, con un gesto frío, pero imperioso, invitó a sentarse al temerario personaje que tenía frente a sí. A continuación preguntó con voz ríspida y seca y no obstante amable:

-Dígame señor...

-Wilhelm Ross es mi nombre, Don Gilberto.

-Dígame señor Ross ¿qué le trae a mi casa y en qué puedo servirlo?

-Tal vez, señor De la Casa, su hija Rosaura ya le dio a conocer por adelantado los motivos por los que he tenido el atrevimiento de solicitar esta conversación.

El padre de Rosaura, con la lenta parsimonia de un hombre fastidiado, se levantó de su asiento, se dirigió a la mesa donde estaba el whisky, llenó dos vasos y alargó uno de ellos hacía Wilhelm.

-Sí, me dijo que usted viene a pedirme su mano.

Wilhelm se ilusionó porque el padre de Rosaura había dicho la frase anterior de manera inexpresiva. Sin enojos ni flexiones amenazantes. Wilhelm continuó:

-Como no ignoro el amor que usted y su señora esposa profesan por su querida hija, y como estoy al tanto de la preocupación de ambos por su futuro, quiero hablar con usted de la manera más franca y directa que me sea posible. No quiero ocultarle nada ni presentarme ante usted (como tampoco lo he hecho ante ella) fingiendo ser otra persona y haber vivido en una forma en que no lo he hecho. ¿No le parece?

Don Gilberto se le quedó viendo a los ojos como el que trata de descifrar un enigma.

-La sinceridad es una de las mayores virtudes que puede tener o conquistar un hombre,  
dijo el padre de Rosaura como hablando consigo mismo o en el nivel de una abstracción que rodaba entre las nubes.

-Con su aprobación, entonces, paso a decirle que aunque tengo ciertas adicciones –la del alcohol y la del tabaco...

-Sí, veo que tiene usted los dedos amarillos por la nicotina...

-No son dichas adicciones en sentido estricto vicios. No lo son. Y tan es así que no tengo reparos en darle mi palabra de honor de que si noto que estas “aficiones de intelectual” perjudican en lo más mínimo a Rosaura o a mí mismo, las abandono para siempre. Se lo aseguro.

Don Gilberto mostró por vez primera de manera casi imperceptible el tic del labio superior, pero, reflexionando tal vez que él mismo había padecido durante años el mismo doble flagelo, dijo sólo:

--Ojalá así sea.

El Señor De la Casa pasó a tratar un tema que le parecía crucial y de explicación imperiosa: la de los recursos económicos del señor Wilhelm y de su capacidad para mantener un hogar y el nivel de vida al que su hija estaba acostumbrada.

-¿En qué trabaja usted, señor Ross?

-Soy corredor de libros, coordinador de talleres literarios, traductor de Ezra Pound y de la epigramática griega e imparto en varias instituciones y universidades conferencias magistrales. Hago lo que puedo.

Volvió a aparecer el tic en el labio superior de Don Gilberto y también la insinuación de una mirada torva que a decir verdad se disipó tan pronto había nacido.

-No creo que con esas actividades pueda reunir ni remotamente la cantidad necesaria para...

-Sí, pero su hija y yo tenemos varios proyectos destinados a solventar la cuestión.

Don Gilberto hacía esfuerzos para sentirse tranquilo. Se levantó. Tocó la campanilla y le pidió a Fermín que le trajera un saco porque empezaba a sentir frío, mucho frío.

Wilhelm agarró no sé de donde una oleada de optimismo y creyó llegado el momento de entrar a una de sus “confesiones delicadas”. Se armó de valor y soltó:

-Don Gilberto, como no deseo que haya nada turbio entre nosotros, quiero decirle que...que soy comunista, que lo soy desde joven, que estuve en el Partido Comunista Mexicano y que, tras de convertirme al trotskismo, anduve en varias partes del mundo (China, Chile, y sobre todo Francia) militando en la extrema izquierda-. Don Gilberto palideció un tanto. Sintió un vago deseo de ahogar entre sus brazos a ese ser esperpéntico que tenía frente a él. El tic del labio se hizo más acusado y la mirada torva se eternizó.

-¿Qué más tiene que decirme, señor Wilhelm?

Wilhelm captó algo de la turbulencia vivencial del padre de su novia y para armarse de valentía se levantó, sin pedir permiso, se acercó a la mesa del alcohol, y llevó a su vaso unos dedos de whisky.

-Sí, tengo algo más que informarle, y lo voy a hacer en cumplimiento del propósito de ser con usted absolutamente veraz. Ojalá me comprenda, pero un

hombre sincero no puede dejar a su espalda o encerrado a siete llaves en la mentira, lo que debo decirle.

-Dígalo –habló casi gritando Don Gilberto. Por el amor de Dios, suéltelo ya.

-Si usted tiene la amabilidad de otorgarme la mano de su hija, tengo que aclararle que éste no sería mi primer matrimonio.

-¿No? ¿Cuál sería?, rugió el presunto suegro.

-El séptimo, declaró Wilhelm suavemente, como quien no quiere la cosa. Me he casado , cómo voy a ocultárselo, seis veces: pero eso sí, me he divorciado seis veces y nadie me podría acusar de bígamo. Estoy en competencia –dijo Wilhelm con una sonrisita que hizo esfuerzos desmedidos por ser simpática-con la actriz norteamericana Betty Huton, la cual... -apenas dijo esto se arrepintió de haberlo hecho y abruptamente guardó silencio.

Entonces ocurrió algo inesperado y casi increíble, algo que rompía la solemnidad de la ocasión y le permitía al absurdo dominar la escena. *Bobi* –el perrito faldero de Rosaura-, se introdujo subrepticamente en el salón y, atraído por lo amarillo de los calcetines de Wilhelm, se agarró a dos patitas de una de sus tobillos, ejerciendo en él, pleno de lujuria, ay, la danza ritual del fuego amoroso. Wilhelm, molesto y sin control, lo hizo a un lado y Fermín entró, presuroso, para llevarse a la erótica criatura.

Don Gilberto ya no pudo ocultar el enojo, la rabia, el desprecio por ese insecto que venía a solicitar la mano de su amada hija. Se levantó, caminó por la sala, guardó, cauteloso. sus manos en las bolsas del pantalón y pretendió dar por terminada la conversación, pero Wilhelm, encarrilado en las confesiones que daban cuerpo a la sinceridad, dijo entonces con su voz más enronquecida que de costumbre:

-No puedo dejar de comunicarle que también debo varias vidas.

Se hizo un silencio pesado, granítico, casi inviolable. El padre de Rosaura no daba crédito a sus oídos. Pero logró sobreponerse y buscó el sofá para hallarse seguro.

-¿Qué está usted diciendo? ¿Qué usted ha matado a alguien? ¿Qué debe varias vidas?

-Dos –respondió el interpelado- sin contar lo que ocurrió por accidente cuando era niño. Lo primero que ocurrió...

Don Gilberto, desquiciado el rostro por la simultánea presencia del tic del labio superior, la mirada torva y las mejillas enrojecidas por la cólera, se puso de pie, le dio la espalda a su malhadado aspirante a yerno y dio instrucciones a su mayordomo de poner al señor Roos de patitas en la calle.

La petición de mano que he descrito fue el origen o la cuna de lo que ocurrió después: la aprehensión de Ross y su encarcelamiento por algunos años –no demasiados por cierto- en una de las prisiones defechas, su matrimonio con Rosaura hallándose en la cárcel, la luna de miel en un calabozo, las visitas conyugales que le dieron paz a su alma y, ya liberado, las mil y una aventuras de este personaje de la picaresca mexicana en busca de autor, y cuya biografía, urgente e indispensable, el autor de este relato no se siente capaz de realizar.

En el trayecto de la sala a la puerta del jardín, todavía se presentó lo inenarrable: *bobi* volvió a descubrir el tobillo de Wilhelm y su atractivo color amarillo y volvió a las andadas; pero esta vez Gilberto lo retiró de sí con una violenta e inmisericorde patada.

## UN MAGO

Sé de un mago que tenía un maravilloso sombrero, del que no sólo extraía el consabido conejo, la paloma, las mascadas de colores, sino la posible solución de aquellos problemas que, como le constaban al mismo sombrero, eran un perpetuo quebradero de cabezas. Su fama le pisó los talones al don de ubicuidad. Por eso fue llamado por el rey, que lo nombró su primer ministro, con la esperanza de que hiciera de su reino una réplica del paraíso. El ministro-mago, después de unas semanas de venturoso ejercicio de su profesión, sacó de su sombrero, sin poderlo evitar, la ocurrencia de sustituir la monarquía por la república. El rey, encolerizado, quiso destruir a su primer ministro con ayuda del sable depurador de su verdugo; pero el mago huyó del palacio y se perdió entre el pueblo. Dicen los que saben que entonces se dedicó a enseñar al pueblo a cantar la marsellesa. Y, tras de entablar amistad con cierto Monsieur Guillotin, tornó a sus actuaciones de teatro, y fue ruidosamente aplaudido cuando, en la primera función, sacó de su sombrero, tras de las cintas de colores, la paloma y el consabido conejo, la cabeza del rey.

## ESBOZO AUTOBIOGRÁFICO

Fue mi abuelo el que, en uno de mis cumpleaños, me regaló un rompecabezas. Yo pensé que se trataba de un cuadro del Veronés o Manet u Orozco; pero no. Como después supe, era el rompecabezas de mi musa. No se imaginan la dificultad de ensamblar las primeras piezas. Por entonces escribí un poema - ¿imagínense!- sobre los huesos de chabacano. Se trataba de algo así como una alegoría en que comparaba a dichos huesos con monedas. En relación con la posesión de esas monedas (olorosas aún a fruta) hablaba de libre competencia y monopolio, de la industria y de la banca, de ricos y de pobres, todo bajo el nombre de *Crítica de la vida chabacana*. Al finalizar el poemario, me sentí feliz por haber engendrado un poema “poeticista” con un mensaje social. Un poema, pensaba, del mismo nivel que el *Pinocho* de Marco Antonio, el *Noúmeno*, el *Dinosaurio* de Eduardo o de *El sepulcro de los pasos* de Arturo.

Fui con mi amigo Henrique González Casanova, que era muy avezado en la crítica, a enseñarle mi obra maestra y pedirle su opinión. Se arrellanó en la paciencia, y leyó de cabo a rabo la criatura de mi orfebrería metafórica. Al terminar, no pudo dejar de carcajearse a mandíbula batiente de mi engendro. Ahora sí te volaste la barda, me dijo. Y como viera en mi semblante la perplejidad, el azoro, la ingenuidad vapuleada por la experiencia, me musitó, para suavizar el golpe: Mira, Herniquito, si viviéramos en un régimen totalitario donde no se pudiera hablar de la explotación económica, donde la censura fuera la regla, el peligro, la realidad, tendría sentido hacer un poema así. Pero en México, al inicio de los cincuentas, tu poema más que ser mala es grotesco, disparatado, absurdo.

Con una inconsolable tristeza, dejé a Henrique y corrí “a llorar mi desventura” con una novia que por entonces tenía, la cual se quedó con la única copia existente del esperpéntico poema, “porque quiero –así dijo- leerlo con cuidado y ver si la opinión de ese señor tiene algo de válida”.

Pasó el tiempo. Yo continué tratando de armar mi rompecabezas. Buscando los ojos, la fosa nasal, el pelo despeinado de mi musa. Y me olvidé de la *Crítica de la vida chabacana*. Pero además, la novia que tenía se esfumó de mi vista, contrajo matrimonio, procreó hijos y no volví a saber de ella. En alguna ocasión sentí el deseo de buscarla, pero no tanto para verla y re-anudar no sé qué entusiasmos desvanecidos, sino para releer mi criatura poemática tachada de monstruosa y malformada. Pero no lo hice, porque quizás tuve en cuenta lo que se dice del gran poeta y pintor pre-rafaelita Dante Gabriel

Rosetti: que al morir su amada, dejó junto a su cuerpo en el catafalco un libro completo de poemas. Y que muchos años después, llevado por una irrefrenable curiosidad, desenterró a su amada y, cerrando los ojos a lo macabro expuesto a la intemperie, se hizo del libro de juventud y con él, al devorarlo con los ojos, de la mayor desilusión del mundo.

No lo hice, y preferí quedarme con la idea de que entré a la poesía por la puerta falsa y de que lo primero salido de mi pluma fueron monstruos, incoherencias, alebrijes.

Pero ¿qué importa? Seguí trabajando, asediando a mi ideal con la estrategia alpinista de Sísifo. Y aún ahora, cuando se me ve inclinado sobre mi escritorio, es que me hallo, como siempre, tratando de armar el rompecabezas que me obsequió mi abuelo en no sé qué cumpleaños.

## LA FIESTA

Por fin habían llegado los 15 abriles de la princesa. La corte, encabezada por el rey y la reina, decidió festejarla echando el palacio por la ventana. Se organizó un gran banquete, con deliciosas viandas, vinos espumosos, bufones inolvidables. La pequeña orquesta de cuerdas, inició una mazurca del viejo Charpentier y el príncipe extranjero sacó a bailar a la princesa. Fue entonces que empezó el temblor, el baile desenfrenado de los candiles, las paredes se vinieron encima y la muerte penetró por todas las ventanas.

El padre sentenció al lloroso hijo que aún blandía una pala en la mano: no te aflijas, hijo, cuando se construye un castillo de arena, es de esperar que la poesía –o cualquier criatura de la tinta alada- sea barrida por el furor del viento.

## DIÁLOGO

-¿Ves ese *carranclán* subido en el árbol? –le murmuró un zapatista a otro.

-¿En cuál árbol? –preguntó su compañero.

-Aquel que está ahí –explicó el primero indicando a qué árbol se refería.

-Ah, sí. Lo miro bien.

-Pos ahora vuelve a ver –le dijo el primero después de apuntar su carabina hacia el árbol, disparar y hacer que cayera de las ramas el enemigo.

Los zapatistas se fueron satisfechos.

El árbol empezó a florecer.

## EL PIROMANÍACO

Usted, amable lector, no sé si ha reparado en que hay ciertos individuos que se dedican a actividades que se antojan contrapuestas o por lo menos extrañas una a la otra. Le pongo, mi amigo, unos ejemplos para que sepa a qué aludo. Hay cocineros, en efecto, que son bailarines de ballet; corredores de bolsa apasionados por las ciencias ocultas; altos dignatarios eclesiásticos que son pederastas en sus ratos “libres”; hombres de ciencia que gustan de tener por mascotas inveteradas supersticiones. Pero no me dejará mentir si le digo, mi estimado, que algo sin nombre y verdaderamente excepcional es ser bombero y a un tiempo incendiario.

Mi primo Joaquín –a quien llamábamos Juancho- fue un niño peculiar, para decir lo menos. El mundo no lo entendía y él le respondía con la misma moneda. Era más que serio, adusto, y más que adusto introvertido hasta el grado de tocar las puertas del autismo. Desde muy pequeño, cuando hacía frío y encendían la chimenea, le gustaba pasarse horas y más horas oyendo el chisporroteo de los leños y mirando el alocado baile de las llamas que pasaban de una forma (o bosquejo de forma) a una distinta de manera abrupta y sin reposo. No le atraían los soldados, los coches, los aviones de juguete, ni subirse a los árboles, ni hacer de su imaginación un cofre repleto de travesuras, ni siquiera tirar de la negra trenza de su prima. Lo que le apasionaban eran las cajas de cerillos y las enormes potencialidades encerradas en el pequeño estucha cuadriforme. Su gloria mayor era saber de un incendio en el pueblo y salir como alma que lleva el demonio para gozar el espectáculo de uno de los muchos infiernos que, voluntaria o involuntariamente, estallan, mi amigo, en nuestro universo mundo.

Juancho perdió a sus padres, víctimas de un accidente automovilístico. Perder a sus padres –sobre todo a mi tía Mayria- fue para mi primo como perder la mitad de la luz del mundo. Le quedó sin embargo su abuela, la madre paterna, y con ella vivía, sin contar los ocho gatos que le daban vida a un caserón macilento, decadente y ruinoso. Con la abuela no se entendía o se entendía poco desde el momento en que la anciana se puso a columpiar en una mecedora su senilidad; pero mantenía en común con ella el amor a los felinos.

Cuando sus padres cayeron en cuenta de que Juancho tenía una extraña afición por las llamas, los siniestros, y todo lo inimaginable que podía nacer de un fósforo bien usado, le prohibieron seguir por ahí, lo regañaron, le inflingieron

castigos memorables y, si no lo convencieron, sí lo obligaron a esconder en el closet su pasión inconfesable.

Después de muertos sus progenitores, mi primo Joaquín se vio en la necesidad de buscar empleo. Tuvo suerte porque en el primer sitio donde inquirió por él, o sea el departamento de bomberos, había una vacante. Y en esta ocupación Juancho de algún modo le dio rienda suelta a su obsesión, sin enojar o preocupar a nadie.

Al poco tiempo, mi primo adquirió el prestigio de ser un gran bombero y se convirtió en algo así como un elemento imprescindible en su centro de trabajo. Era más que valiente temerario y trabajador como el que más. Le gustaba hallarse rodeado de llamas, a las que consideraba como criaturas dotadas de vida o espíritus evanescentes que no se cansaban de llamarnos a su crepitante mundo. Le fascinaba su profesión, pero no confesaba a nadie –porque no ignoraba el efecto que producirían sus palabras- que le repugnaba en lo más profundo de su alma, la imagen de él con la manguera en las manos apagando un fuego aquí, otro allá, y encarnando con ello la conducta de un asesino serial.

Tampoco dijo a nadie que él, en hermandad con uno que otro accidente, era el que, fósforo en mano, y bajo la protección de la oscuridad nocturna, iniciaba incendios en un lado o en otro del pueblo, para que el auxilio de los bomberos fuera demandada y él tuviera el privilegio de gozar del espectáculo, aunque –y esto no dejaba de afligirlo- tuviera que cumplir con su deber y lanzar ráfagas de agua con su manguera genocida.

Un día, por no sé qué accidente -un corto circuito o sepa Dios qué- se quemó su casa. En el puesto de bomberos lo supieron y fue avisado inmediatamente de ello. Y él, con un equipo de compañeros, salió en un carro de bomberos hacia su hogar hecho una estampida. Al llegar al siniestro, seguido de sus colegas, con un hacha se abrió paso entre los escombros humeantes y empezó con fruición y casi con euforia su labor.

Salvó a tres de sus gatos. Pero no lo pudo hacer con su abuela que, al sentir que se quemaba todo a su alrededor, se convirtió en una especie de pequeño animal que traducía su indecible pavor en aullidos entrecortados que salían de una boca atragantada de humo. Juancho no pudo -¿o habrá que decir que no quiso?- salvar a la abuela porque en medio del sublime espectáculo de las llamas, su manguera tuvo escrúpulos, el agua asesina se inhibió y Juancho

extrañamente erró una y otra vez la puntería. Los otros bomberos lo veían de reojo, registraban su exaltación, comprobaban angustiados su conducta, temían por su vida.

Yo llegué en el momento en que, obnubilado, lo sacaban de la casa, lo mismo que a la abuelita humeante, a los gatos vivos y los felinos carbonizados.

De común acuerdo, todos condujimos a Juancho, sin gritos ni aspavientos por parte de él, dulce y suavemente por parte de nosotros, con paso lento, parsimonioso, seguro, hacia la camisa de fuerza que esperaba a mi querido primo con los brazos abiertos.

## VALORACIÓN

El abc del abecedario es comenzar con la A y terminar con la C si es uno modesto; iniciar con la A y terminar con la Z si es uno ambicioso y empezar con la A y dar con el infinito si no se teme el complejo de inferioridad.

## EL PROBLEMA

Dijo el demonio: para hacer un sabroso minicuento de nunca acabar –lo cual parece un contrasentido- basta con que se muerda la cola o, lo que es igual, que la letra con que finaliza se amancebe con la letra con que se inicia, y santo remedio. No en vano es el compás demiurgo de eternidades.

Dijo el hombre: lo malo es que ese minicuento con delirios de eternidad, requiere de un lector transmudado, en uno de los círculos de tu infierno, en lector de nunca acabar.

## VOCACIÓN

El niño de seis años –que con paso del tiempo se haría filósofo y francamente ateo- mostró el camino que iba a tomar en el futuro cuando, en la navidad, dijo a toda la familia: Santa Claus baja a la casa por la chimenea si y sólo si: 1) hay chimenea en la casa, 2) ha guardado la dieta suficiente para poder hacerlo, 3) que no esté encendida la chimenea y 4) que exista Santa Claus. Si no, se trata de un cuento de hadas que cuenta la mentira a la credulidad.

## DE POR QUÉ TENGO CONTENTA A MI MUJER

Yo suelo tener sueños terroríficos; pero como el de ayer, ninguno. Se los cuento: soñé que, de pronto, me desdoblaba y que había dos personas en mi alcoba: un Marco Antonio dormido y un Marco Antonio despierto que velaba junto a él. El despierto le iba indicando en voz baja al dormido lo que iba soñando. Le decía, por ejemplo: ahora caminas por una pradera llena de flores y el viento te desordena un poco los cabellos. Apenas murmuraba esto el Marco Antonio de pie, el dormido soñaba con absoluta fidelidad lo que se le apuntaba.. O también: tienes hambre llegas a una mesa colmada de manjares. Y dicho y hecho: el Marco Antonio dormido, o sea yo, se deleitaba como nunca al realizar el sueño preestablecido. Marco Antonio, el que dormía, se sentía feliz y de alguna manera hacía un esfuerzo indecible para no despertar.

Pero de repente sucedió algo extraño: el Marco Antonio vigilante me dijo: ahora te vas a encontrar con otro Marco Antonio que no eres tú ni yo. Y ocurrió lo previsto: que di de pies a boca con un Marco Antonio III. Pero las cosas no terminaron ahí, sino que algo se descompuso en el Marco Antonio indicador de sueños (como cuando un disco se raya, y toca obsesivamente lo mismo, lo mismo, lo mismo) y entonces me obligó a soñar en otro Marco Antonio y otro y otro, hasta que mi alcoba estaba llena de Marco Antonios, y fue en ese instante que desperté aterrado, fuera de mí, sudando frío y jadeante.

MI mujer me dijo: precioso, ¿qué soñaban? (Así me dice ella: precioso). Y yo no quise revelarle las razones de mi exaltación y sólo dije: gorda, soñé que María Félix y Elsa Aguirre querían conmigo, y que yo quería contigo.

## UNA REVOLUCIÓN

Lo que hace falta –sentenció el viejo revolucionario- es un botón de audacia. ¿Cómo es eso? –preguntó su camarada. –Escucha y saca las consecuencias: hace años en una función de ópera, la soprano Giudita Pasta aspiró tanto antes de dar el agudo del siglo, que hizo reventarse el botón de su camisa, el cual saltó hasta ubicarse en el lugar preciso del espacio para que la batuta del director lo batease hacia el público y luego de hacer varias cabriolas, cayó en la boca abierta del emperador que dormía como un bendito. Fue entonces cuando el principado de...se convirtió en República.

## CONSPIRACIÓN

La verdad no es que finalmente la Cenicienta se casara con el príncipe, como quiere Perrault, sino que se adhirió a la conspiración republicana que pasó por las armas al príncipe, a su corte, y también a su padre, sus hermanas y el hada madrina. La música de fondo del *happy end* no fue un coro de Rossini, sino la Marsellesa de Rouget de L'Isle.

## EL PACTO

El señor Sóstenes Malaparte llegó a pensar hasta en el suicidio. Y no era para menos. Su problema es que nació mal dotado de la parte del cuerpo que ustedes saben. Casi casi podría decirse que tenía todas las cualidades del mundo, menos esa. O bien vistas las cosas: menos dos: la que dije y la valentía que es la cualidad que hay que poner en juego para salir del mundo *motu proprio*. Atraía a las mujeres por su plática florida, su agilidad mental, sus ojos aniñados de pupilas acariciantes, sus manos suaves y nerviosas; pero a la hora de la verdad, que se presentaba demasiado pronto según sus gustos, resultaba un desencanto para ellas y una frustración para él. Por eso una buena parte de la adolescencia y del inicio de la madurez fue triste, amarga, opresiva, lo que lo condujo a pensar en el suicidio. Pero el destino, que a veces se halla inspirado, hizo que conociera a la señorita Esperanza Segura, una provinciana que, por lo menos en apariencia, no era demasiado exigente o ambiciosa en cuestiones de cama, ya que el primer mandamiento de su decálogo era: “hay que conformarse con lo que Dios nos da”. Estaban creadas así las condiciones para que pasara lo que tendría que pasar y pasó: el señor Malaparte y la señorita Segura contrajeron nupcias. El matrimonio le trajo la felicidad a ella – en la medida en que un matrimonio le puede traer la felicidad a alguien-, pero no a él. Y no hace falta tener mucha imaginación para saber los motivos.

Desesperado, después de haber vivido durante algunos meses su precaria situación, y más que desesperado aturdido y en plena ofuscación, una noche conjuró al demonio como el Fausto de Marlow o de Goethe. Pero su petición no se parecía en nada a la del sabio doctor en la obra del gran poeta alemán, sino más bien a la de ciertos violinistas prodigiosos como Giuseppe Tartini o, mejor, Nicola Paganini que vendieron su alma, dícese, a cambio de la exaltación hasta lo superlativo de una capacidad artística.

En ese bendito día la atmósfera carecía de estática y Sóstenes fue escuchado a la perfección por el Príncipe de las Tinieblas. Resultado: al día siguiente Malaparte amaneció dotadísimo. Podía hacer con su instrumento maravillas como el Tartini del “trino del diablo” o como el Paganini de los portentosos “caprichos”; el sitio que ya saben se le convirtió, de la noche a la mañana en una capacidad virtuosística espectacular.

La esposa, a todo, había escuchado tras de la puerta la desesperada petición de su marido y se rió en sus adentro y sus afueras de su ingenuidad. Pero esa misma noche, a la cama en punto, descubrió fascinada que la tenebrosa

solicitud de su Sósteners había sido atendida, y de qué manera. No lo podía creer, se restregaba los ojos, no dejaba en paz las manos y en plena disposición le dio la bienvenida al milagro.

Pero él, al cabo de algunas semanas, no se conformó con la esposa, que era un plato apetitoso pero condimentado con el aburrimiento de la repetición. Comprendió que las ciencias ocultas de Júpiter. Casanova o el Marqués de Bradomín, no era algo que sólo tuviera que ver con las bonitas palabras o las *delictesen* de la lengua, y empezó, entusiasta, a formar su catálogo. Las mujeres lo requerían, los hombres lo envidiaban y Mefistófeles se frotaba las manos.

Pero la que estaba descontenta y puso su grito en el cielo o mejor en el infierno fue Doña Esperanza. Como había sido testigo de lo afortunado que había sido su esposo al elevar sus preces hacia el innumerable, juntó las manos, entrecerró los ojos y conjuró al demonio. Dio la casualidad que el diablo ese día se había limpiado cuidadosamente las orejas, había perseguido, inmisericorde, a la cerilla y logró oír muy bien las demandas de la señora. Esperanza Segura, desde el particular punto de vista de Satanás, era más atractiva que Sóstenes Malaparte porque siempre había sido más piadosa y recoleta, y ello hizo que el demonio estuviera dispuesto a conceder a la mujer lo que fuese. Así de simple.

La petición resultó inesperada hasta para Luzbel. Esperanza dijo entre dientes que entregaría su alma si y sólo si suspendiera el portentoso concedido a su marido que tan feliz lo había hecho a él y qué tantos dolores de cabeza le habían acarreado a ella.

Gran problema para Satán: si cumplía el deseo de ella, traicionaba su palabra con él, si no, se quedaba sin ella: qué de migrañas padeció el pobre diablo en esos días.

Y esta fue la solución: Sóstenes conservaría con su esposa las virtudes del contrato y volvería a la etapa previa a éste con las demás féminas. Era como si Paganini tocara como Paganini en su casa y como Olga Breeskin en público.

Esperanza quedó complacida, aunque con el miedo de que su bienhechor se arrepintiera y el conjuro de adentro (que quedaba en familia) se realizara de nuevo afuera, y él también acabó por resignarse a la nueva situación, aunque

añorando la diversidad, la prohibición y la aventura. Y así, con esta inteligente solución intermedia, fueron felices para siempre, como Dios manda.

Pero miento: fueron felices hasta el día en que los dos, cada uno a su tiempo, fueron arrojados a ocupar sus respectivos lugares en la infelicidad eterna.

## REFUGIO

En la guerra sucia, un revolucionario no halló mejor lugar para esconderse que un minicuento. Lo volvió su escondrijo, lo llenó de armas y lo convirtió finalmente en una trinchera. Pero fue denunciado y afortunadamente logró escapar. Dejando al minicuento como un solar abandonado, una pequeña ermita deshabitada. Llegó el Supremo Gobierno y sus armas de alto poder y destruyó el escondrijo, lo revolvió buscando indicios del revolucionario y por último lo hizo pasto de las llamas. Por eso, lector, esto que estas leyendo no es un minicuento, no tiene una anécdota. ni sentido, ni personajes, no es más que un humeante pedazo de vacío.

## SALDAR CUENTAS

José Y Roberto Rubio eran dos hermanos, casi de la misma edad, que, después de quedarse huérfanos, vivían juntos al cuidado de una pequeña tierra heredada de sus padres. Se querían entrañablemente y hubieran vivido en paz y siendo solidarios el uno con el otro para siempre si una mujer, llamada Adalgisa, no los hubiera contrapuesto y convertido en adversarios. Ella anduvo primero con José, después con Roberto y después con los dos. Al caer en cuenta los hermanos Rubio de lo que ocurría por las palabras inequívocas de un amigo común y por el comportamiento indiscreto de Adalgisa, decidieron resolver su disputa por medio de un duelo. El hecho de que vivieran en el siglo XX y los duelos fueran cosa del pasado, no les impidió resucitar ese añejo acto de salvajismo. A las 5.15 de la mañana –cuando la luz amodorrada del sol se mostraba aún incapaz de barrer los más tercos residuos nocturnales-, se hicieron presentes en el bosque convenido. Cada uno llevaba su propia pistola y prescindieron deliberadamente del ritual artificioso de los duelos tradicionales. Convinieron, sí, en ponerse de espaldas, caminar cada uno en sentido contrario, volverse al otro al llegar a los veinticinco pasos y disparar...Este era el plan. Pero mientras ocurría este preparativo, Adalgisa, avisada por el amigo común, llegó corriendo, agitada e intempestivamente, al tenebroso lugar donde sus amigos tenían una cita con la muerte, y se colocó, para impedir el duelo, en un punto equidistante exacto entre los hermanos que

ya habían recorrido sus respectivos tramos, cortaban cartucho y levantaban sus pistolas para disparar. Ambos, sin advertir su presencia, dispararon y cada uno, pretendiendo dar en el blanco de su hermano, atunó en Adalgisa, la cual recibió una bala en el pecho y otra en la espalda, cayendo muerta al instante a los pies del grito destemplado y desgarrador que salió de su pecho. Los Rubio, sorprendidos y acongojados, dieron sepultura, usando las escopetas como palas, a ese demonio de dulzura y sensualidad que los había embrujado. Al terminar el entierro, rezaron, sudorosos y cabizbajos, una larga oración familiar que conocían. Después se irguieron, guardaron las armas, se limpiaron el polvo y abrazados –presas de un sentimiento que casi era de felicidad- volvieron lentamente al pueblo, con la conciencia de que sin proponérselo, pero ayudados por el destino, habían liquidado para siempre el motivo de su distanciamiento.

## FANATISMO DE ALTURA

Me llama la atención que me inviten. ¿Por qué desean estos místicos y gentes de iglesia que en su Congreso haya una persona como yo? No tengo para ello una respuesta precisa e indudable, pero sospecho que se quieren presentar como abiertos y liberales, y un individuo como yo, ateo recalcitrante, les cae de perlas. En una palabra, me pretenden utilizar. Esto último me tiene sin cuidado si lo comparo con la gran oportunidad que el Congreso le ofrece a mi curiosidad para conocer de viva voz las concepciones actuales de las diferentes religiones y credos y cómo polemizan entre sí.

Me detengo frente al enorme edificio. Vuelvo los ojos hacia arriba, recorro las ventanas, y advierto que el rascacielos se pierde en las nubes. Entro en la majestuosa construcción y me dirijo con presteza a la ventanilla de Informes a preguntar dónde se hallan los elevadores, ya que voy al *Congreso sobre las creencias religiosas de la actualidad* que, según me habían aclarado, tendría lugar en el último piso.

El encargado de los informes me comenta que antes de mí llegaron muchos participantes del Congreso. Por lo que platicaron –me comunica- me parece que uno era budista, otro mahometano, otro hinduista y otro partidario de ¿cómo se llama? ah sí, de Lao Tsé. Me informa además que los elevadores se encuentran en la planta baja a la cual se llega subiendo tres escaleras. Me dispongo a acceder a los elevadores y me llama la atención que, en las escaleras, mientras las personas que ascendemos somos pocos, un número grande de hombres, a los que identifico como albañiles y maestros de obra, descienden y casi tropiezan conmigo.

Corro a uno de los elevadores y puedo acceder a él, no sin trabajo, casi abriéndome paso a codazos entre la turbamulta de quince o veinte personas que entra conmigo. La elevadorista, una mujer fea pero con sonrisa reconfortante, pregunta: ¿a qué piso van? Casi todos responden que se dirigen al salón en que tendrá lugar el Congreso. Al último piso –dice ella. Sí – asientan los congresistas. La elevadorista, que habla hasta por los codos, nos informa que todos los elevadores del edificio están en funciones llevando más que nada a los creyentes a su Congreso.

De pronto el elevador se detiene entre un piso y otro con un ruidoso golpe seco. Hay una plena oscuridad y de algunos labios se oye un medroso “Dios mío” que apenas nace se retira avergonzado. La elevadorista, acostumbrada a

esos percances, alza la voz para calmar a su pasaje, dice que es un corto circuito, y prende una luz pobre, de pilas, que lleva siempre consigo por si llega a ocurrir lo que está ocurriendo. Al parecer, se han parado de golpe todos los elevadores en diferentes sitios y en ellos probablemente ocurren reacciones similares a las que tienen lugar en nuestro semioscuro cubículo. La elevadorista dice que los técnicos no tardarán en componer la avería, pero por más que toca el timbre de alarma, no hay respuesta. Por lo visto, va para largo –asienta. Pónganse cómodos y tengamos paciencia.

Todos nos quedamos en silencio por unos minutos. Pero un hombre con gran barba y una verruga en el ojo, alza la voz e hace la siguiente sugerencia: aprovechemos estos momentos para presentarnos, porque noto que no nos conocemos y que sería útil llegar al Congreso sabiendo quiénes somos. Como la lengua oficial del Congreso es el inglés, supongo que todos podemos usar ahora este idioma. ¿De acuerdo? Voy a comenzar conmigo. Mi nombre es Normand Phillipson y soy pastor luterano de Bavaria. Yo me llamo Carrit Kodaly –musitó otro- y podría decirse que soy teólogo calvinista proveniente de Hungría. Yo –terció un hombrecillo que compensaba en personalidad lo que le faltaba de estatura- tengo como apelativo Camilo Kostas y soy prelado de la iglesia ortodoxa griega. Un hombre alto y pecoso tomó la palabra par decir: Yo me llamo Ramiro de Santibáñez y soy obispo católico de una pequeña región de Andalucía. Como estos cuatro cristianos, se fueron presentando los demás, incluyéndome a mí, que no tuve recelos para decir mi nombre y mis opiniones contrapuestas a toda religión, y tres muchachos jóvenes, que dijeron precipitadamente sus nombres y que hicieron énfasis en que ellos no venían al Congreso, sino que eran albañiles de profesión y que iban a la parte superior del edificio a continuar la construcción.

Normand Phillipson volvió a tomar la palabra y dijo: Yo traigo una ponencia escrita deliberadamente para el Congreso, se titula: “La polémica de Agustín con Pelagio”, y seré feliz si se lee y discute allá arriba. Carrit Kodaly arriesgó esta opinión: ¿Serás de los que pretenden salvar el libre albedrío del irrefrenable imperio de la predestinación? Santibáñez, alzó un dedo hacia lo alto, como Platón en el famoso cuadro de Rafael, y sentenció: Dios otorgó al hombre el libre albedrío, fue un regalo, un don, y ello quebró (por decisión divina) la pretendida acción de una fatal conducta predestinada. No sé quién dijo: Pero un hombre condenado por disposición divina a ser libre ¿es libre? Y luego luego se arrepintió al parecer de su intromisión. Es difícil imaginar lo que sucedió a continuación: los hombres empezaron a gritarse, a tomarse de las solapas, a interrumpirse violentamente. Yo, entristecido, pensé que esto

que veía era un avance de lo por venir, era un pequeño congreso, una muestra de la imposibilidad de los hombres de ponerse de acuerdo... En ese momento, se prendieron las luces, se oyó de nuevo un golpe seco y el elevador retomó su camino. Descendimos finalmente en el último piso. Varios elevadores como el nuestro llegaron al mismo lugar y vomitaron la gente que traían en su entraña. El pequeño grupo de los recién llegados fue víctima de la sorpresa al ver que ahí no se hallaba el Congreso, se había evaporado; sólo estaban dos o tres afanadoras barriendo el suelo, unas cuantas sillas en desorden y un corro de albañiles que nos esperaban al centro del salón. ¿Qué ha ocurrido?, preguntaron algunos. ¿Dónde está el Congreso? Los albañiles responden: están arriba. Los señores decidieron dejar este piso e irse al nuevo porque está más alto. Un albañil, en un tono que no dejaba de ser satírico y burlón, añadió: dicen que desde mero arriba están como en una torre donde pueden ver mejor los alrededores y también que, internados en el cielo, esperan que el pensamiento se les despeje y puedan ver más y mejor al codearse con la verdad.

Subimos atropelladamente por las escaleras –todavía no había servicio de elevador para el nuevo último piso- y nos hallamos de golpe con el Congreso en pleno. Discutían ferozmente sobre todo lo habido y por haber. Argumentaban como si se les fuese en ello la vida. Dado que los micrófonos eran escasos, se los arrebataban para hacer oír sus opiniones. El griterío fue subiendo de tono hasta el grado de que ya nadie podía escuchar a su prójimo. Al principio todos hablaban o mejor gritaban en inglés, pero de pronto muchos volvieron a su idioma, se atrincheraron en su religión, desfundaron sus creencias y soltaron las amarras a su fanatismo. Poco después los que hablaban la misma lengua dejaron de entenderse, como si un idioma –el inglés, el francés, el español, etc.- se deshilara en dialectos incomprensibles. A continuación empezaron a surgir, encolerizados y violentos, nuevos lenguajes si es que esos rugidos y estridencias fueran lenguajes. Nadie entendía nada. Pero todos querían hacer prevalecer sus opiniones o verdades. Vinieron entonces los puñetazos, los empujones, las uñas que se enterraron en los rostros, los gemidos, las maldiciones, la formación de grupos hostiles, la lucha de todos contra todos, el derramamiento de sangre. Y el grito destemplado: ¡ya construyeron otro piso! Subamos...

Yo, en verdad angustiado y con el ánimo revuelto, logré dar la espalda a tamaño espectáculo. Bajé las escaleras. Tomé el primer elevador que hallé a mi paso. Me fui serenando en el descenso y ya fuera del edificio, y pisando tierra, me sentí feliz de conservar mi nombre, mi lengua y mi razón.

## JULIO AMEZCUA

En un solo día, en las cercanías de un pueblo del sur de la República, ocurrieron tres hechos inconexos que después, por lo que se verá, tuvieron alguna vinculación. Primero, un martín pescador, empujado por no sé qué trastorno de su instinto o por ignoradas ráfagas de viento, se internó en el cielo de un bosque alejado un poco de la playa y, asustado por un ave de rapiña que materialmente se le vino encima, dejó caer un magnífico pescado que llevaba sólidamente afianzado entre su pico. Segundo, un campo nudista, con más mujeres que hombres, se instaló en el bosque, a orillas de un espléndido río y no lejos de la costa. Tercero, un tren que venía de la capital del estado y se dirigía al pueblo de... y en cuyos vagones venía todo un circo, por no se qué desperfectos en la vía sufrió un abrupto y riesgoso descarrilamiento.

Mientras todo esto ocurría, Julio Amezcua, un comerciante al mayoreo que tenía amores cada vez más frecuentes con la bebida, se hallaba en la cantina del poblado. La televisión se desgañitaba dando la noticia del descarrilamiento del tren que transportaba a un circo completo, antes de llegar al pueblo mencionado. Los asistentes a la cantina volvieron los ojos a la pantalla chica y le subieron el volumen a su propia atención. Todos, menos Julio Amezcua, el cual no oía ni veía nada porque, en una mesa solitaria que se hallaba al fondo del cuarto, se encontraba tararea que tararea uno de esos boleros que le desgarraban el alma porque aludían a gentes como él que vendieron su alma al alcohol y no les quedaba ni una pizca de voluntad para alejarse del celeste infierno de la borrachera.

Cansado del lugar, del ruido y de las luces, sale a la calle, sin dejar su botella, toma su camioneta, y se dispone a ir a su casa yendo por el camino corto —el que no obstante tiene que atravesar unos kilómetros de bosque. Se siente “en sus cinco” y piensa que no está tan ebrio que no pueda manejar; pero de pronto, en un recodo de la carretera, se le atraviesa una yegua blanca como la leche, llena de adornos y clamorosa de cascabeles, y Julio se ve obligado a girar con tal rapidez el volante para no chocar con tan extraña criatura que su camioneta se sale del camino, da un frenazo y queda atorado peligrosamente en un entramado de hierbas. Afortunadamente a Julio Amezcua no le pasa nada. El accidente lo inmoviliza por un momento, pero poco después busca a tientas la botella a lo largo del asiento del automóvil, la encuentra y sale de la camioneta si no despejado sí con el ánimo tranquilo y la decisión de atravesar a pie el bosque para ir a su cabaña, y con la idea de que se ocupará más tarde de su automóvil. Todavía emocionado, pero sin dejar la botella y llevándosela

de vez en vez a los labios, camina por el bosque –que le era familiar- sin grandes dificultades ya que la noche no lograba imponer su dictadura ante la pujante y definitiva presencia del disco lunar. Pese a todo, se ve en la necesidad de cuidarse donde pisa para evitar una caída que podrían propiciar el alcohol y la escasa luz en el camino. Algo reluce a sus pies. Se detiene. Y cuál no sería su sorpresa al advertir que lo que llamaba su atención era un espectacular pescado. Lo toma entre sus manos, lo palpa, lo huele y le parece oler un trozo de mar. ¿Por qué se halla aquí este pescado?, se dice. Y piensa que a lo mejor le han vuelto las alucinaciones que lo embargaron no hace mucho. Pero ante el temor de estar alucinando por un exceso del alcohol se vuelve a llevar la botella a los labios para recibir el dulce consuelo del aturdimiento. Un poco menos deprimido, continúa caminando y, al llegar a una loma, divisa un grupo de mujeres desnudas. No da crédito a sus ojos. Las hay de todas las edades, pero predominan las jóvenes. Sin pensarlo mucho, y acuciado tanto por la curiosidad como por un erotismo insospechado y punzante, corre hacia ellas sin advertir el letrero de “campo nudista” recién clavado a las orillas del sendero. Su carrera se ve, no obstante, interrumpida por un par de guardias vestidos en traje de baño que lo detienen y, hablando en inglés, lo expulsan burlándose de él. El susto es un nuevo motivo para llevar la botella a su boca y para proseguir pensando si ha sido nuevamente invadido por un alcoholismo alucinatorio. Su reflexión es interrumpida entonces por un mono que se desprende de un árbol, se planta frente a él y le avienta besos a dos manos. Una vez que desaparece el mono capuchino, Julio Amezcua camina zigzagueando y con varias ideas aterradoras quemándole la corteza cerebral. En ese preciso momento ocurrió algo extrañísimo, insoportablemente irreal: a pocos pasos de él, y con un trote elegante y recoleto, apareció una jirafa que parecía buscar, oronda y distraída, sabe Dios qué en las copas de los árboles. Julio se estremece, cierra los ojos, los frota y se pregunta angustiado si tendrá *delirium tremens*. Presa de un pavor indescriptible, torna a tomar la botella y la apura hasta la última gota. Y entonces, y esto fue el acabóse, apareció frente a él, a unos cuantos metros de donde se hallaba, un gigantesco, majestuoso pero sereno y pacífico elefante africano. Ahora, a Julio Amezcua, no le cabe la menor duda, es un pobre borracho víctima de las más extravagantes alucinaciones. Y si dejar de pensar en la yegua de la carretera, el pescado, las mujeres desnudas, el chango cariñoso, la jirafa y el parsimonioso elefante, arroja la botella que aún tenía entre manos, corre con desesperación hacia su pueblo, penetra en sus aledaños y se precipita a tocar el aldabón de la puerta de Alcohólicos Anónimos.

## CUESTIONES METAFÍSICAS

No todo está permitido a Dios. Si bien es cierto que Luzbel fue obra suya, la multitud de demonios creada después de la Caída, no puede ser atribuida a Él. Para que nadie caiga en confusiones, hay que subrayar –sin hablar aquí de los humanos- que los ángeles son producto de Supremo Hacedor, en tanto que los demonios que no son ángeles caídos y que se cuentan por millares son hechura del Príncipe de las Tinieblas. Antes de la Caída y de la creación de los hombres y mujeres, la Divinidad había dado a luz un puñado de ángeles que se diferenciaban entre sí sólo por el grado de perfección en que se hallaban. Después de la Caída y de la creación de las criaturas humanas por parte de Dios, el Demonio había engendrado un puñado de diablos que vino a aumentar el número de ángeles que habían acompañado a Lucifer en su rebelión y su caída. En el infierno, y por disposición de su Príncipe, había también una jerarquía de criaturas diabólicas que únicamente se distinguían entre sí por el nivel de eficacia para realizar el Mal.

¿Cuál era ( o es) la función de los ángeles y cuál la de los demonios? La respuesta es obvia: hacer el Bien o el Mal respectivamente o también, cuando ya existía la humanidad, auxiliar a los individuos –como lo hacen los ángeles custodios- o tentarlos, para que den un traspié, y caigan en las aguas cenagosas del pecado. Cuando los hombres eran pocos –incluso en una época fueron dos, o quizás tres, si sumamos a ellos la enigmática y sensual Lilit-, no hacían falta ni muchos ángeles para alertar y cuidar a los mortales, ni muchos diablos para tenderles trampas y orientar sus desprevenidos pasos hacia el tártaro. Pero si algo ha crecido, si algo ha tenido una espectacular explosión demográfica en lo que va del ser, es la humanidad. Ante esta realidad insoslayable, Dios y Satanás se vieron en la necesidad de multiplicar sus respectivas criaturas con el objeto de que la acción celestial o infernal sobre los terrígenos no fuera descuidada. Por eso al crecimiento poblacional de los mortales correspondió la aparición del mismo fenómeno en el cielo y en el infierno. Tan es así que, por ejemplo, los humanos empezaron a decir –en una de esas extrañas intuiciones que los caracterizan- “por los mil demonios que”...Entre paréntesis, me creo en la obligación de hacer notar que tanto en el “reino de arriba” como en el “reino de abajo” hay desde hace tiempo muy serios problemas demográficos, pero me resisto a dar más detalles sobre este punto, ya que nada o poco tiene que ver con el tema que voy a exponer y al que quiero llegar lo más pronto posible.

Lo que no puedo dejar en el tintero es que, en algún momento –que no viene al caso especificar- algo extraño, para decir lo menos, ocurrió simultáneamente en el báratro y en el paraíso. Comenzaré con lo acaecido en el infierno. Entre los miles y miles de demonios que salieron de las manos de Luzbel, uno, que no era ni con muchote los principales, estuvo mal hecho, salió defectuoso o presentó una rara avería que se manifestó no mucho después de haber completado su proceso creativo. Este demonio, llamado Malacoda (o “cola maldita”) nació con dos defectos de importancia indiscutible: a) sin odio a los humanos y b) profundamente distraído (como dedicado a pensar en el apareamiento de las musarañas y la inmortalidad del cangrejo). Como Satán se dio cuenta desde el principio del primer defecto de su vástago y advirtió que en la estructura mental no cabía la inalterable inquina contra los humanos y el deseo de inflingirles el mayor mal concebible o sea tenderles un puente de oro para hundirlos en las calderas del eterno castigo, no lo envió al globo terrestre, sino que le encargó tareas y menesteres sobre todo manuales en el sub-mundo. Pero Malacoda, siempre distraído, no barría bien los círculos del infierno, bajaba el volumen en los magnavoces que trasmitían los aullidos de dolor cada media hora, se olvidaba de llenar de aceite las calderas y jamás tenía limpios y en su sitio los instrumentos de tortura. El demonio, después de una encendida reprimenda y una severa puntualización de instrucciones, lo envió “al valle de lágrimas” a cumplir con su obligación. Pero Malacoda apenas pisó tierra, al ver tantas maravillas naturales, se olvidó de su encomienda y, por más que buscó y rebuscó en el hondón de su alma, no dio con el sentimiento de odio por los mortales. Su trabajo en la tierra fue tan inútil o más que en el infierno, no sabía como inducir a las personas al pecado, nunca se le ocurrió actuar como íncubo sobre una mujer ansiosa o como súcubo bajo un hombre libidinoso, confundía los pecados mortales con los veniales y hasta asistió con cierto beneplácito a una clase de catecismo. Satanás, perplejo ante tamaño engendro, no sabía qué hacer y cómo componer la situación...

Pero los problemas no sólo se presentaron en el infierno. En el cielo, y ante los ojos de Dios, un ángel, llamado Benito –nombre que originalmente era Bendito, pero que, con el paso del tiempo, perdió la d (de decencia) situada a mitad del vocablo- también nació con una descompostura de fábrica, también se salió de las normas habituales de calidad, también fue un dolor de cabeza para su creador. Benito nació con una doble deformidad: a) una clara ausencia de amor por los humanos y b) una torpeza inocultable debida a una avanzada miopía. El Señor, consciente de los defectos de su criatura, lo puso a trabajar

en el paraíso. Una disposición, como puede verse, similar a la concebida por Satanás. Benito tampoco cumple con las faenas en el Elíseo: permite que los coros mozartianos desafinen en el *Ave verum* y en el *Tuba mirum*, tiene la pretensión de tutearse con los arcángeles, no baja los ojos cuando le hablan las potestades y es muy propenso a contar chistes de dudoso gusto a la hora del te. Enviado a la tierra, Benito se interesa de manera inconveniente y reiterativa por todo lo que tiene que ver con el sexo, siente que las alas se le enjutan y en el interior de su frente hay un desfile de malos pensamientos. ¡En estas condiciones cómo iba a ser el ángel de la guarda de un niño desorientado o de una niña extraviada en uno de los rincones más oscuros de su miedo! Dios medita varias horas sobre este ángel esperpéntico y disfuncional y –como Lucifer con Malacoda- no sabe qué hacer con él.

Por fortuna, los gobernantes de los dos grandes reinos –el del Bien y el del Mal- deciden no pensar por separado cómo remediar los problemas antes dichos, sino de alguna manera conjuntar esfuerzos para dar con la solución, lo cual produce un resultado imprevisto: deciden hacer un trueque de contrarios, o séase, de sus defectuosas criaturas, de sus hijos malconformados, de sus hechuras disfuncionales, y logran, así, que el Bien adquiera sus límites exactos y el Mal sus fronteras inmarcesibles. Todo esto pudo ocurrir venturosamente porque entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Demonio se extiende la Tierra de Nadie de la negociación.

## VENTANILLA DE INFORMES

La peor enfermedad que le puede ocurrir a un ser humano es que se vea obligado, por un grave desarreglo fisiológico, a decir constantemente la verdad. En la vida cotidiana una mezcla sobria de verdades y mentiras -por ejemplo las piadosas- constituye el sano equilibrio que nos permite ir pasando con relativa facilidad en el decurso de la vida. Pero hay un elemento patógeno, por ahora no muy conocido -un virus, una bacteria o uno de los miles y miles de especímenes microscópicos que están en perpetua conflagración contra nosotros- que, siendo algo así como el “virus o la bacteria de la verdad”, se introduce subrepticamente en nuestra sangre, desordena nuestras neuronas, hipnotiza nuestra lengua y nos hace padecer de una tan extraña, ignominiosa y desgarradora enfermedad. Una vez inoculado el elemento patógeno en el organismo, tienen que pasar dos o tres semanas de incubación para que el individuo muestre los graves síntomas que acarrea dicho morbo, con las consecuencias sociales que todos habrán de imaginar.

Epifanio -sí, el alto y bizco que vive enfrente- contrajo la enfermedad un 25 de marzo. Ignoro cómo se contagio de esa grave dolencia que después le acarreó tantas desgracias: pero no hubo ningún indicio del mal contraído sino hasta el 5 de abril en que ya había sido contratado por el nuevo gran centro comercial que se ha construido a dos cuadras de aquí, y se le había contratado para hacerse cargo de la ventanilla de informes.

Al principio desempeñó a la perfección su trabajo y sus jefes lo felicitaron y se felicitaron por esa contratación. Pero poco después, cuando la enfermedad irrumpió en la mente y la lengua de Epifanio, las cosas sufrieron un vuelco. Cuando alguien se acercaba a su puesto a preguntar por el departamento de calzado para caballeros, él indicaba con toda precisión: se halla en el segundo piso, al fondo y a mano derecha. Pero añadía: no deje, señor, de tomar en cuenta que, aunque lo oculten, los zapatos son de pésima calidad, están hechos deliberadamente para dar la impresión de zapatos buenos, bonitos y durables, pero no se deje engañar. Cuando otra persona inquiría sobre el lugar en que se hallaba la ropa interior para niños, Epifanio decía: en el sótano, ahí luego luego a la izquierda. Pero agregaba: no se imagina, mi señora, lo caras que están las camisetas, las blusas y los calzoncillos. No conviene comprarlos aquí. Los dueños son unos sinvergüenzas.

Después de oír las palabras que les ofrecía el hombre de la ventanilla de informes, muchos creían que se trataba de una broma urdida por la propia empresa que a veces echaba mano de insólitas e insospechadas tácticas para tener contenta a su clientela. Pero cuando se sucedieron las *veraces* informaciones que salían de la boca de Epifanio durante varios días, alguien informó a las autoridades de lo que ocurría, ellas pusieron el grito en el cielo, tuvieron una reunión para tratar tan delicado asunto y llamaron a Epifanio. El empleado se defendió diciendo que una ventanilla de informes era, como su nombre lo indicaba, una ventanilla de la verdad, que allí no se podía mentir, que era un lugar hecho ex profeso para no mentir. Añadió que él, y todas las personas que fueran como él, deberían de instalarse en una ventanilla de informes, y que si lo corrían, como seguramente iba a suceder, él continuaría dando informes verdaderos, transformado en la ventanilla de informes que debía de ser. Los jefes lo oyeron asombrados, lo hicieron salir del recinto en que deliberaban y después de darle vueltas y más vueltas al problema, llegaron a la conclusión –no de que estaba enfermo, pues de esa enfermedad nada sabían- sino de que estaba rematadamente loco.

## MUERTE DE UN FILÓSOFO

Ese hombre que pasa ante nuestra ventana, medio encorvado y mirando, distraído, a las nubes, se llama Juan Cristóbal Domínguez. Tiene entre sesenta y sesenta y cinco años. Vive, como el Quijote, con una señora o un “ama” y unas sobrinas. Es un militante de la soltería y lo más característico y relevante de él: se trata de un filósofo. Así como hay músicos, poetas o pintores precoces, él fue, según se dice, un filósofo precoz o, si es que esta aseveración resulta dudosa, fue un niño con preocupaciones que, por sus preguntas de mayéutica infantil, podríamos llamar filosóficas. Desde muy joven se dedicó a la lectura y meditación del filósofo español Jaime Balmes, lo cual nos habla de que, adolescente aún, Juan Cristóbal se definía no sólo como filósofo, sino como filósofo católico. Más tarde, después de estudiar en el seminario, primero, y en la Facultad de Filosofía después, se consideró algo así como un cruzado de la filosofía cristiana, y en las guerras sin cuartel de la cultura de entonces luchó bajo la bandera del neo-tomismo. Conoció las obras del cardenal Mercier, de Garrigou Lagrange y, más que nada, la de Jacques Maritain. Y todo lo supo a través de las enseñanzas de su maestro preferido de la facultad: el doctor Oswaldo Robles. Juan Cristóbal creía –más que creía, estaba convencido- que la mayor gloria de la filosofía escolástica, su filosofía, era haber engarzado la revelación bíblica con la sólida estructura de la filosofía aristotélica. Sus clases en la facultad –donde explicaba con elocuencia dicha fusión- le hicieron rodearse de un pequeño grupo de alumnos incondicionales entre los que sobresalía Lauro, su ayudante y amigo. Lauro – le decía su maestro- la mayor obligación que tenemos es propagandizar la verdad, la Verdad con la V mayúscula de la victoria.

Pasaron los años y el carácter “guerrero” o de “cruzado moderno” en el campo de batalla de la academia se fue incrementando, hasta que, de la manera más imprevista, Juan Cristóbal fue presa de un cáncer en extremo agresivo y al mismo tiempo, o como producto de, contrajo una gravísima enfermedad anímica: la duda. No hay nada peor –confesó a Lauro un día- que ser un canceroso escéptico.

En realidad su duda no era tan grande que destronara a la fe. Era una duda huidiza, inasible, que se presentaba de pronto y que ponía y que ponía subrepticamente un invisible signo de interrogación a alguna de las afirmaciones más orgullosamente verídicas del repertorio neo-tomista de Juan Cristóbal. Estoy tan seguro de la fe que pusieron en mis manos de niño mis

padres que te aseguro, Lauro, que mis últimas palabras antes de morir las voy a dedicar a glorificar a nuestro Señor.

Juan Cristóbal se agravó y tuvo que guardar cama. Al principio recibía a sus alumnos, a Lauro, a Elena –una de sus discípulas preferidas- y departía con ellos cuando el dolor amainaba. Pero esto fue por poco tiempo, después ya no pudo decir sino unas cuantas frases entrecortadamente. Sus palabras, como él, se iban debilitando, palideciendo, alargándose en vocales desfallecientes. En el último día, por la tarde, entró en agonía rodeado de sus sobrinas, la señora y varios de sus discípulos, entre los que sobresalían, por impresionados y compungidos, Lauro y Elena. Él tosió muy fuerte y empezó a decir: “me hundo”, “me hundo”...Lauro vio a los ojos a Elena para sugerirle el carácter simbólico de las frases del maestro. “Queridos míos, nada me retiene, caigo...caigo en el vacío”. Lauro y Elena se acercaron al lecho, él les dirigió una rápida mirada plena de azoro y angustia: “el abismo, el abismo, caigo en el abismo”. “Lauro, Elena denme las manos: no quiero caer en este precipicio sin fondo. Denme las manos”. Ellos se apresuraron a dárselas. Pero él continuó: “Dénmelas, dénmelas”; hasta que el lenguaje articulado se convirtió en el jadeo intermitente de una vida derrotada.

Horas después, cuando ya se habían llevado el cuerpo hacia la caja mortuoria, las sobrinas cambian las sábanas del lecho en presencia de los alumnos, y éstos reparan en que el colchón donde reposaba su maestro se hallaba desgarrado a la mitad, deshilachándose, con una abertura nada despreciable. Lauro y Elena se volvieron a mirar con una mirada semejante a la que habían tenido cuando él empezó a decir: “me hundo, me hundo”; pero ahora sintieron que su anterior interpretación de las palabras, también se caía por el abismo inocultable abierto a media cama.

## EL RUMOR

Me costó mucho trabajo –asentó la periodista-. No se imaginan cuánto. Pero cuando dije, como quien no quiere la cosa, que era hija del Subsecretario de..., las dificultades, como por arte de magia, enflaquecieron y dieron paso firme hacia su desvanecimiento. Obtuve entonces permiso para entrevistar a “ciertos pacientes” y se me abrieron las puertas del Sanatorio de Santa Fe. La entrevista principal que tuve –las demás no llegaron en verdad a interesantes- fue con los Arellano, un matrimonio de la tercera edad, cuyos cónyuges –delgados, nerviosos y comunicativos- eran curiosamente muy semejantes entre sí. Don Ruperto y doña Ninfa –que eran sus apelativos- no manifestaron renuencia alguna para hablar conmigo y para decirme con pelos y señales por qué se hallaban en el Psiquiátrico. Es que piensan que somos dementes –dijo ella. Y la cosa es comprensible –completó él- si se tiene en cuenta la manera en que nos encontraron. Doña Ninfa aclaró a continuación: mire, señorita periodista, nosotros no negamos estar un poco tocados de la cabeza –mi esposo dice que nos hallamos rematadamente locos, pero él ha sido siempre muy exagerado- y, como no escondemos lo anterior, ni por asomo nos quejamos de estar recluidos en este simpático lugar. En realidad somos un par de locos pero lúcidos, racionales y, como puede usted ver o mejor escuchar, muy conversadores y extravertidos –para decirlo como los doctores o psicólogos de aquí.

Volví los ojos a don Ruperto, que escuchaba extasiado a su media naranja, y le sugerí (preparando al mismo tiempo mi libreta de notas): don Ruperto, ¿por qué no me cuenta qué es lo que motivó el encierro de usted y su querida esposa en este sitio? Don Ruperto, con la expresión de un niño al que le acaban de obsequiar un magnífico regalo, comenzó su narración. A Ninfa y a mí nos han enclaustrado en este hospital porque nos enloqueció el sótano de nuestra casa. Esta última, vieja pero cómoda, la compramos no hace mucho –seis meses a lo más- a una familia extranjera de la que nada sabemos (o nada recordamos, -apuntó doña Ninfa- y que no dejó más huella en nosotros que la de ser los antiguos dueños de nuestro hogar y sus vendedores. Debo aclarar que nunca tuvimos acceso al sótano que mencioné ya que estaba cerrado a piedra y lodo y jamás nos fue posible abrirlo. A lo mejor no lo intentamos en serio o quizás nos dijimos que algún día pediríamos ayuda a alguien para poder entrar en él y ver qué guardaba en sus entrañas. Un día empezó a brotar del sótano un rumor pequeño e intermitente, algo así como un zumbido o un quejumbre en sordina. Tanto Ninfa como yo pensamos al cabo de un rato que estábamos enfermos del oído. Sentimos náuseas y nos vimos presas de un

fugaz mareo. Por fortuna el rumor desapareció tan abruptamente como había aparecido y, a poco, nos serenamos y no volvimos a pensar en ello. Más tarde, sin embargo, resurgió el rumor. Se hizo más grande y persistente. No era música. No era Beethoven o los Rollings. Era un rumor *en crescendo* como el de la estática del radio. Poco después aumentó de volumen, se volvió estruendoso e insoportable. Creímos enloquecer o a lo mejor lo fuimos y no sabíamos que hacer para evitar el estentóreo e infernal ruido que estallaba a nuestros pies, desde el sótano. Intentamos salir a la calle, pero a Ruperto – interrumpió doña Ninfa- se le ocurrió que era mejor golpear en el lugar del piso de donde parecía emerger el núcleo del alboroto, con un bastón. Santo remedio: el ruido cesó. Don Ruperto tomó de nuevo la palabra: el ruido cesó sin duda, pero sólo por poco tiempo. Pero en ese lapso (que nosotros interpretamos como la feliz victoria del silencio) intentamos tornar a nuestra vida de siempre. En el momento menos pensado, pero ahora a toda fuerza, corrió el ruido a ocupar todos los rincones de nuestra casa. Como antes, pero ahora con mayor ahínco, intentamos salir de nuestro hogar; pero, con la nerviosidad que nos embargaba, no supimos dar con la llave y nos fue imposible salir a la calle. El teléfono (vaya usted a saber por qué) había enmudecido y ni salían ni entraban llamadas. Afortunadamente nuestro refrigerador estaba colmado de comida. Nos pusimos algodones en los oídos. Pero el rumor desorbitado lo penetraba todo. Volví a golpear con el bastón. Y se hizo un nuevo silencio. Lo aprovechamos para descansar, tomar un refrigerio y ver la tele, aunque la oímos bajito porque estábamos cansados de tanto chirrido. En el momento más trágico de la telenovela que veíamos siempre a esa hora, irrumpió nuevamente el extraño sonido mencionado, pero ahora como un ruido atronador y desquiciante. Entonces mi mujer y yo, cada uno con sendos bastones, nos pusimos a golpear desafortunadamente el piso durante no sé cuánto tiempo. Hubo abajo un silencio de cinco minutos. Y de nuevo el clamor. Y nuestra respuesta fue de golpes enloquecidos de bastón, desafortunados y sacados de quicio. Hubo otro silencio en el sótano, pero ahora sólo de cuatro minutos. Y así prosiguió, hasta que nuestros golpes – acompañados de aullidos, hay que confesarlo- no obtuvieron ya una respuesta de silencio por parte del sótano, y el ruido de abajo, pujante, todopoderoso, adquirió el don de ubicuidad. Fue entonces –murmuró Ninfa- cuando nos desmayamos y al despertar nos encontrábamos en la ambulancia del Psiquiátrico. Por eso estamos aquí –dijo Don Ruperto.

Pero –les dije- ¿se encuentran bien? ¿Los tratan satisfactoriamente? ¿Cuándo los darán de alta? Sí –dijo doña Ninfa- estamos bien, nos tratan con humanidad y deferencia, y saldremos pronto.

Pero –musitó Don Ruperto- ... ¿Pero qué? –le pregunté. Lo malo –respondió, con el solidario asentimiento de su mujer- lo malo es el pequeño e intermitente rumor que viene del sótano del hospital, y lo peor es que no se nos ocurrió traer de la casa nuestro par de bastones.

## UN PAR DE CAMARADAS

Nada hay más gris que una tarde gris en Topolobampo. El aire tiene a veces pretensiones de viento, pero poco después se desdice y torna a su mentirosa quietud.

Julia –acertó a decir el Inspector- nunca ha habido entre nosotros algo parecido...Nunca hemos hablado de amor y nuestra relación nunca se ha salido de los carriles de la amistad y la camaradería.

-Yo me congratulo de eso –musitó Julia con una sonrisita que, casi, se disolvió antes de nacer.

-Pero ayer tuve un sueño muy curioso y quiero contártelo.

El aire, jugueteando con las hojas, arroja un puñado de ellas a la boca de un perro, el cual seguramente maldice su suerte, como se puede deducir en la forme en que tose y escupe lo que se le mete en el hocico.

Julia es toda atención.

El Inspector narra a continuación lo siguiente: soñé que aquí en nuestro terruño había un concurso de belleza y que tú, Julia, eras de las tres o cuatro finalistas. Yo formaba parte de un jurado de...creo...cinco personas, y emitía mi voto a tu favor. No salías sin embargo triunfante, sino en segundo o tercer lugar. ¿Por qué votaste por Julia? –me preguntó otro de los jurados que al parecer era mi amigo. Y mi respuesta fue: porque me gusta muchísimo y tengo la intención de enamorarme de ella. Otro jurado me recomendó entonces: búscala y dile qué es lo que sientes por ella. En ese momento se disipó mi sueño y sentí el impulso de venir a contarte un sueño tan extraño como extravagante.

Julia echa mano de su sonrisa protectora y no dice nada.

El Inspector añadió naturalmente: es extraño que uno sueñe cosas semejantes. Cuando entre tú y yo nunca ha habido nada...

Julia se olvida por completo del incidente. Llega a su casa, de parte con sus hermanos, ve la tele, cena un “cuernito con mermelada”, famoso pan dulce de Topolobampo, y se va a dormir como una bendita. Sueña entonces que,

conversando con su madre, le murmura: fíjate que entre mis discípulos en la clase de inglés hay uno, al que le llaman el Inspector, que me gusta no sabes cuánto. Yo no sé qué diera por... La madre, con un tono adusto y un sí es cortante, dice: no seas tonta, búscalo, coquetea con él, no lo dejes pasar. Después ocurren cosas incomprensibles que, al despertar, son como una nube que se disipa.

Impulsada por el contenido de su sueño, Julia busca al otro día al Inspector, lo mira a los ojos y le cuenta con lujo de detalles el sueño que había tenido.

Somos amigos –arguye ella- pero qué extraños sueños tenemos.

Como entre Julia y el Inspector no hay nada, o prosigue no habiendo nada, ambos continúan su vida personal. El Inspector conoce por aquel entonces a Carmela, la españolita recién llegada de Alicante, le echa los ojos, sabe hallar las palabras que despiertan el consentimiento, y la convierte en su amante. Julia se matrimonia con el dueño de la farmacia y se dispone a iniciar la consabida ruta de una familia clasemediera en Topolobampo. Julia y el inspector dejan de verse algunas semanas. Pero al cabo de éstas, ambos tienen uno de aquellos curiosos sueños y corren, entre divertidos y serios, a contarle al otro lo soñado.

Él comienza: estaba haciendo el amor con la Carmela. A veces en una postura, a veces en otra y, a punto de saborear el clímax con mi cuerpo entero, le soltaba al oído: Julia, mi amor, mi amor. La Carmela se enfurecía, me zarandeaba y, maldiciéndome, me decía que te buscara, que no me hiciera pendejo. Entonces desperté y desde que lo hice me hormigean los pies en ansias de venir a verte y relatarte todo.

Ella toma la palabra: Yo soñé algo más grave. Imaginé que estaba con mi farmacéutico y le daba la noticia de que me hallaba encinta. Él empezaba a dar brincos de gusto y a sugerir que por fin algo nuestro iba a sobrevivir, cuando yo, por así decirlo, le arrojé a la cara un frío chorro de agua al espetarle: pero mi hijo no es hijo tuyo sino hijo del Inspector.

Julia y el hombre se quedan callados. Se miran fijamente a los ojos. Y sienten un cierto deseo lejano, oscuro, insignificante de tomarse las manos. No lo hacen.

-Sabes –dice él- que entre nosotros nunca ha habido nada.

-Sí, dijo ella, pero qué extraños sueños tenemos.

Se despiden, entonces, después de afirmar su amistad, su camaradería.

A contrapelo de los relatos que se hallan rubricados por un final feliz, puedo dar término a esta historia diciendo: y desde entonces en adelante todos fueron infelices para siempre.

Nada hay más gris que una tarde gris en Topolobampo...

## NOTA ROJA

Perpetuo Gómez pensó que todo iba a salir bien. Le fue dable saltar sin dificultades al jardín y, como nadie se hallaba cuidando la puerta de afuera, pudo entrar a la casa como Pedro por la suya. Adentro de la mansión tuvo tiempo para llenar la bolsa que llevaba al hombro de una buena cantidad de objetos, joyas y dinero. Pero cuando pretendió salir de la casa para atravesar el jardín y saltar a la calle, los furiosos ladridos del perro le impidieron el paso y lo retuvieron el tiempo suficiente para llegar los dueños y la policía. Los cuidadores del orden se lo llevaron a la cárcel y ahora –al momento de iniciar este relato- era un preso de tantos que se hallaba en un calabozo con una sentencia de varios años y sin posibilidad de salir de prisión pagando una fianza.

Se pasaba días enteros echando pestes contra su mala fortuna, maldiciendo la histeria del perro custodio e inculcando a Dios.. Pero empezó a calmarse cuando conoció en una de las crujías a dos personajes: uno festivo –a quien llamaban “el bigotes de seda”- y otro facineroso –que tenía por sobrenombre “el calambres”. Ambos individuos se distinguían de los demás presos en que entre sí, y después con Perpetuo, hablaban de su inminente fuga de la cárcel. No sería difícil hacerlo –decían- porque tenemos carnales afuera, y éstos poseen dos armas en verdad chingonas: fajos de billetes y cientos de amenazas. Con los primeros compran conciencias y temores y con las segundas ahuitan voluntades. Desde el principio se estableció una relación de cordialidad y simpatía entre “el bigotes de seda” y Perpetuo y la confianza entre ambos llegó a tal nivel, que el narco invitó a Perpetuo a formar parte de los que se escaparían “con la bendición de Valverde y una manita de los cuates de afuera”. Se quedó pensativo un momento y añadió: “y también de uno de los guardias que está protegido por uno de más arriba y éste por otro de más arriba y así hasta el mismito cielo”

No era sólo por simpatía, química o confianza el que “el bigotes de seda” invitara a Perpetuo a la fuga, sino porque él y “el calambres” necesitaban de alguien que ayudara a subir la escalera cuando estuvieran arriba del muro y que colaborara en retirarla cuando estuvieran abajo. El día de la libertad, más bien la noche, llegó a la semana siguiente. El plan no sufrió ninguna descompostura. El trajín comenzó a las doce treinta y a la una y diez ya eran tres hombres libres que no corrían pero sí caminaban con pasos apresurados y nerviosos en dirección a un coche que los esperaba en la otra esquina. Perpetuo se detuvo abruptamente. Yo aquí me separo de ustedes –dijo. “El

Calambres” refunfuñó y echó madres; pero “el bigotes de seda” le dijo: Mira, Calambres, él nos ayudó en la escapada. es buena onda. No nos perjudica nada si lo dejamos seguir su pinche vida.

Los narcos se fueron en el coche a toda velocidad y Perpetuo, dueño de un pequeño rollo de billetes que le había deslizado “el Bigotes”, tomó un camión de pasajeros hacia un pueblo distante.

Ya en este pueblo, lo primero que hizo fue buscar un hotelucho para que descansara su tan atareado y sufrido esqueleto. Y al día siguiente, deambulando por las calles, tropezó con la cantina “La buena conducta”, entró en ella, pidió algo de comer y un tarro de cerveza. El cantinero oyó la orden y le trajo a la mesa un “tente en pie” y una chela tan fría, tan fría como la novia enamorada de otro. Él estaba como que te come y bebe que te bebe cuando apareció la puta.

A Perpetuo le llamó la atención su manera de vestir. Como el de todas las rameras, su traje era muy escotado, con una mini-falda muy arriba de las rodillas, medias caladas y oscuras, notoria ausencia de porta-bustos. Pero la singularidad del atuendo provenía de que todas sus prendas exteriores –y después comprobaría que también las interiores- eran negras.

-Güero, ¿me invitas un roncito? –dijo “La flor”. Él asintió con la cabeza. Le ofreció asiento en su mesa y le preguntó:

--¿A qué se deben las negruras de tus trapos?

Ella, quedándose a medio camino entre la risa y el llanto, respondió:

-Estoy de luto.

-¿Por qué?

-Porque a mí, y a las otras cuatro “Reinas de la noche” –como aquí se nos conoce a las cinco-, se murió nuestro padrote.

Sin fijarse en la reacción de Perpetuo, prosiguió:

-Me visto de negro porque me duele en el alma la cruel petateada de “El niño”, que murió de cirrosis de tanto empinar el codo. Me visto así, atrevidamente, porque mi profesión me lleva a enseñar todo lo que pueda, pues así ustedes los machirrines entran en antojo y nosotras pues ahí la llevamos.

Así comenzó la plática y la relación entre “La flor” y Perpetuo Gómez.

Unos días después, Perpetuo acudió de nuevo a la cantina. Reanudó su charla con “La flor” y después de muchas palabras, alcoholes y apapachos recíprocos, Gómez fue sorprendido por esta proposición:

-Mi rey, ¿Por qué no te haces nuestro padrote?

Los ojos de Perpetuo pidieron una explicación.

-Sí –dijo ella- he estado mirando lo ponchadote que estás. Y he hablado con mis cuatachas de trabajo y las cinco “Reinas de la noche” estamos de acuerdo. Se necesita un fortachón como *you are* para hacer el papel de perro policía.

Lo único que atinó a decir Perpetuo fue:

-¿Y qué diablos tengo que hacer?

“La Flor” pasó a explicar sus deberes y sus derechos. Entre los primeros estaban cuidar vida y trabajo de las sexoservidoras y garantizar que el salto de ciertos clientes desde “La buena conducta” hasta la “Gloria” – nombre del burdelito de las “Reinas de la noche”- se hiciera con discreción y sin problemas. Los derechos eran especialmente atractivos y tentadores: cada chica le daría un porcentaje de sus ingresos y le brindaría la posibilidad de acostarse gratis con ella cuando él lo quisiese y la escogida dispusiera, claro, de tiempo. Perpetuo sintió que se le estaba proponiendo pasar sus vacaciones en la felicidad, y aceptó sin pensarlo dos veces.

El nuevo padrote desempeñó su cargo de manera magistral e inolvidable en ese mundo de marginación y pobreza. Recordó al perro guardián que tanto mal le inflingiera en el pasado y se puso, como aquél, a cuidar la puerta de su nueva obligación. En lo que se refiere al derecho de pernada múltiple lo ejerció puntualmente, sin remilgos ni hipocresías. Pero después de algunas semanas de nomadismo erótico, sintió la necesidad de fijarse sedentariamente en la dulce entrepierna de “La Flor”.

## UNIVERSALIA POST REM

Esta es la historia de una caída, un encuentro y un final feliz. Voy por partes. La caída es la de un ángel que se vino abajo desde la punta de un arcoiris hasta la Tierra. Cayó en un pajar. Y un tanto aturdido, se sacudió las alas y se fue a la deriva por un camino que conducía a dos partes: a lo cercano y a lo lejano. En una banca –que vivía eternamente descansando a las orillas del sendero- se encontraba un lector, el cual, al advertir el resplandor deslumbrante del ángel que venía caminando por la ruta, salió corriendo muerto de miedo y abandonó el libro que leía sobre la banca. El ángel, al arribar a ese sitio, vio el libro, lo tomó delicadamente, examinó el título (*¿Qué es el materialismo filosófico?*) y se puso a devorarlo con cada vez mayor atención. Al llegar a la mitad de la página 60, levantó los ojos del libro y dijo para sí, presa de un entusiasmo delirante: “¡Así es que los ángeles no somos otra cosa que el producto de la materia sublimemente organizada!”. Y tras de soltar estas palabras, se fue, aleteando a toda velocidad, a dar la buena nueva a sus hermanos.

## EL TRAGAFUEGOS

Al lado de los semáforos de las principales calles y avenidas de México merodea la economía informal: limpia cristales, mendigos, malabaristas, payasos y tragafuegos. Jorge, muchacho adolescente y entusiasta, para combatir la pobreza extrema que embargaba a su familia, se dedicaba a la última de estas actividades. Aunque algunas personas dieron en llamar “dragones” a quienes se dedicaban a este trabajo, los tragafuegos en vez de vomitar llamas nacidas de su entraña, se introducían el fuego previamente en la boca, y luego lo expelían en la forma de una ráfaga deslumbrante, a diferencia de las terroríficas criaturas que dejan sin respiración a los niños cuando de repente irrumpen en los cuentos que se encaraman al suspenso.

Jorge era o acabó por ser sumamente hábil en este endemoniado oficio; pero un día –y con ello comienza mi relato– lo asustó la bocina de un auto, el chirrido de un freno, y sufrió una severísima quemadura en la garganta; cayó desvanecido, pero el manco y la payasita, amigos de trabajo, llamaron a la ambulancia y pronto fue internado en el hospital. Su salud seriamente quebrantada y las medicinas que le dieron para ello, lo arrojaron a un largo y extenuante estado de delirio.

Soñó que había muerto y no sólo eso: sino que había reencarnado. Ahora era el hijo menor de una pareja de dragones que vivía en otra dimensión, mundo o reino. Su nombre se había convertido en Georgius y así lo llamaban sus mayores, sus hermanos y sus amigos y amigas. Pero era un dragón niño que sufría indeciblemente porque no podía escupir fuego. Admiraba a su padre y a sus tíos cuando, hallándose conversando, se apasionaban tanto en lo que decían que proyectaban espléndidas llamaradas entrecruzadas. En verdad, cuánto los envidiaba. Su madre dragona también producía fuego, mas en pequeñas cantidades y poco radiante. Pero él era niño y no niña, y eso le hacía sentirse extremadamente angustiado ya que, por más esfuerzos que hacía, y aunque temblaba desde sus fauces hasta la cola, no le era dable emitir la menor señal de fuego. Así como, entre los humanos, hay niños que “se rasuran” para sentirse mayores, aunque no haya en la piel de su rostro ni la más mínima sospecha de vellosidad, Georgius carraspeaba y carraspeaba para vomitar el anhelado fuego; pero lo único que lograba era quedarse afónico y con la garganta seca y adolorida.

Se soñó también adolescente: un dragón bien parecido, de escamas lustrosas y cola de movimientos, si enérgicos, también pausados y elegantes. Pero en esta

edad se hallaba afligido por lo de siempre: su incapacidad de eyacular fuego. Ni flamas grandes ni pequeñas. Simplemente nada. Georgius sabía que un buen fogonazo, en sincronía con un hábil coleteo, atraía a las dragonas quinceañeras. Su problema, su misteriosa anomalía, lo llevó a la soledad y hasta a las inmediaciones del autismo. Nadie encontraba la manera de auxiliarle y atraerlo al cómodo y placentero mundo de la normalidad, ni sus padres ni el psiquiatra más renombrado de dragolandia. Nadie. Nadie. Georgius estaba convencido además de que la dragonidad (o los dragones y dragonas comunes y corrientes) ,lo discriminaban y se reían de él. Un dragón sin la cualidad de vomitar fuego era como un lirón insomne, un caballo de carreras cojo o un elefante chimuelo. Pero un día pasó algo tan inesperado como sorprendente: Georgius fue presa de un gripe tormentosa y descomunal que, además de convertir sus narices en un manantial sin freno ni reposo, le produjo una tos endiablada que no lo dejaba en paz. Mas de repente, cuál no sería su sorpresa que, al toser, produjo una pequeña llamarada que le quemó las pestañas a su madre y dejó carbonizado por un momento la bajísima autoestima que cargaba como un pesado fardo en los hombros de su malhadado carácter.

Jorge soñaba que ese momento, ese, había sido el minuto más feliz de la vida de Georgius, porque en adelante ya nunca más pudo arrojar la menor llamarada, la lumbré que supuestamente debería sacar de sus entrañas, y lo más que lograba emitir, cuando se empeñaba en producir pequeñas chamarascas, era un poco, poquísimo, de humo tímido, evanescente y avergonzado de su innegable ridiculez. Georgius tomó entonces su más drástica resolución: correr hacia el suicidio.

Fue ese el instante en que el tragafuegos entró en agonía en su camastro del hospital. Se revolcó en las sábanas, fue sacudido por los estertores, puso a los pies de la nada su vida entera y dejó el mundo con un agudo e incontrolable dolor de garganta.

## ARRANQUE DE MORALIDAD

No cabe duda de que la teoría debe ser vinculada con la práctica, y no dejarla hablando sola. Y esto es válido no sólo en la ciencia, la política, la arquitectura, etc., sino en el caliginoso mundo del asesinato. Adrián, mi primo, un individuo de inteligencia enfermiza, escribió unas extrañas *Instrucciones para llevar a cabo un crimen perfecto*. Una vez que lo hubo hecho, acarició la idea de llevar a la práctica su teoría, y lo hubiera hecho si un paro cardíaco viniera en su ayuda y le evitara tamaño pecado.

Yo rescaté el texto e, inocente de mí, pensé en editarlo y venderlo. Y hasta redacte un anuncio que, entre otras cosas, decía:

-Si usted es asediada(do) por su jefe(fa) sexualmente, y ya no puede más, ...lea el Manual del Crimen Perfecto.

-Si usted descubre a su novia acostada con su mejor/peor amigo y quiere saldar cuenta con uno, con otro o con los dos...lea el Manual del Crimen Perfecto.

-Si usted odia a su suegra y se ve presa de las malas intenciones...lea el Manual del Crimen perfecto.

-Si usted es detective y tiene tropiezos profesionales... lea el Manual del Crimen Perfecto.

-Si usted tiene cierta debilidad por el magnicidio, pero poca confianza en sus habilidades, lea el Manual del Crimen Perfecto.

En mi delirio, llegué a imaginarme que había dado con la forma perfecta de enriquecerme. Pero me volvió a la realidad la idea de que alguien, el día menos pensado, me sustrajera hábilmente el Manual y que este robo, un robo perfecto, fuera el punto de arranque de un conjunto de asesinatos sin resolución surgidos en la ciudad o sea, ay, de la existencia de un asesino serial perfecto entre nosotros. O de que un monstruo (la censura) y sus sicofantes(la policía) entrase a mi depto y se llevara –para destruirlos- todos los ejemplares de la inquietante obra, Entonces desistí de publicarlo y, en un arranque de moralidad, lo condené a las llamas con la sana intención, que muchos me agradecerán, de que los crímenes continuaran con la imperfección que les es habitual.

## LOLITO

Escribo estas líneas con el estado de ánimo con que el pecador se confiesa a su sacerdotes y hasta quizás a su Dios. Quiero hablar no sólo de mí, de mi debilidad y disculpas, sino de las tentaciones a las que a veces nos vemos expuestos quienes optamos por el sacerdocio, el papel de guías de la grey católica y el voto de castidad.

Mucho se habla, y he de confesar que con razón y comprensible repudio, de la siniestra enfermedad que corroe el cuerpo de nuestra Santa Iglesia. Me refiero a la pederastia. Aunque estoy convencido de que este cáncer ha existido desde la más remota antigüedad en la sagrada institución de San Pedro, sólo en las últimas décadas ha salido a la superficie y ha mostrado a los fieles y a los demás hombres una faz tan oprobiosa de nuestra organización eclesial que me lleva a decir que el demonio se ha introducido en el convento, en las diferentes órdenes, en el alma de incontables prelados. Pero no todos los que han sucumbido a tamaña ignominia lo han hecho de la misma forma, hincando el diente en la concupiscencia o bajando la guardia ante la frivolidad que arrastra, como que dos más dos son cuatro, al crimen nefando. Algunos han sido, de algún modo, víctimas de las circunstancias, de una tentación irrefrenable y de una vigilancia adormecida.

Hace veinte años –ahora tengo cuarenta y cinco- era yo un cura más que consciente de esos peligros. Sabía que existía la lujuria y que uno había de hacer oídos sordos al canto de esa sirena. Sin embargo, el deliberado rechazo a la sensualidad estaba lejos de suprimirla y yo la sentía bullir, oscura y amenazante, en mis entrañas. Pero estaba convencido de que la voluntad de granito nacida de mi vocación controlaba férreamente mis impulsos instintivos y ahogaba la voz que, como un canto llano sin silencios, salían en mi defensa la fe, mis convicciones, las preces a las que acudía como el sediento lo hace con el agua y las faenas, menesteres y servicios a que mi ministerio me tiene obligado. Uno de estos trabajos era el de impartir clases de historia sagrada y catecismo a un puñado de chiquillos adolescentes que en su mayoría me oían como quien oye llover, se ponían a contemplar la humedad salitrosa de las paredes, el caótico vuelo de las moscas o los charcos de sol que arrojaba el ventanal a los pupitres. Había un niño que, a diferencia de los otros, me bebía las palabras y se interesaba en mis enseñanzas. Sus compañeros lo llamaban Lolito, y era un joven hermoso, serio y enigmático. Si su trato con sus iguales era ríspido, un tanto despreciativo y con un inocultable aire de superioridad, su comportamiento conmigo era de extrema deferencia, atención desmedida y un

comportamiento un sí es no es insinuante que no pude advertir e interpretar al principio.

En una de las clases de doctrina advertí que no dejaba de mirarme. Leía yo algún pasaje no sé si del Pentateuco o de las Epístolas paulinas y al terminar la lectura me di cuenta de que Lolito no había apartado la vista de mi rostro y que esperaba ansiosamente que sus ojos se encontraran con los míos. Así pasó. No le di importancia al hecho y bajé la mirada, pero él, casi sin parpadear, la mantuvo fija y desafiante. Se sabía atractivo y al menor pretexto –el nado u otros deportes- enseñaba (*me enseñaba*) sus brazos, sus piernas, su pecho (adonde una breve pelusa mostraba su mechón aduraznado). Cuando me encontraba en los corredores, y hallándonos solos, me lanzaba en voz baja preguntas como: ¿qué es fornicar? ¿por qué el buen cristiano tiene como enemigos mundo demonio y carne? ¿qué diferencia hay entre los incubos y los súcubos?, yo contestaba como podía, sin inmutarme en lo más mínimo y tratando de alejar a mi discípulo de la jauría de malos pensamientos que a mi parecer lo estaban asediando.

Un día pidió confesarse conmigo. Y no tuve reparos en ello. Pero tengo la obligación de decir en este escrito, que lo ocurrido en esa tarde fue más que una confesión o verbalización de las culpas para ser perdonado, un inocultable acto de seducción. Me espetó Lolito: confieso, padre, que no puedo dejar de pensar en lo prohibido, que el deseo sexual me acompaña mañana, tarde y noche, que me gustan las mujeres pero más los hombres y sobre todo los mayores, que me masturbo todos los días pensando en usted. Yo lo reconvine del modo más severo posible, le exigí su arrepentimiento y le dejé como tarea que rezara no sé cuántos *padresnuestros* y *avesmarías* para expiar sus pecados y para que se liberara de esas obsesiones que lo disminuían ante los ojos del Señor.

Lolito pareció comprenderme y arrepentirse. Durante algunos días, huía de mi presencia, bajaba los ojos en cuanto me veía y pareció haber superado sus malos pensamientos y peores acciones. Pero todo lo acaecido había producido en mí, en contra de mis más aceradas defensas, cierto efecto que tuve que ir reconociendo poco a poco y con la dolorosa conciencia de hallarme entre las personas débiles e indefensas. Pronto caí en cuenta de que Lolito estaba lejos de haber cambiado y de que, adivinando lo que pasaba en las profundidades de mi ánimo, una y otra vez se instalaba en el requiebro, la insinuación, la frase ambigua y el contoneo incitante. Una mañana, muy temprano, antes de que despertaran los hermanos y los pupilos, nos hallamos en el jardín todavía

oscuro, acercó sus labios a los míos, me arrojó a la estrujante dimensión de la perplejidad y la apetencia, y salió corriendo al tiempo que embadurnaba sus labios con una sonrisa triunfante.

Días después, cuando dormía yo la siesta, se introdujo subrepticamente en mi dormitorio y caminó de puntitas hacia mi lecho. Yo escuché con claridad que alguien entraba en mi celda. Adiviné quién era. Me hice el dormido y, al sentir la lasciva suavidad de su cuerpo junto a mí, arrojé por la borda mi moralidad, mis obligaciones, mi decoro y, en complicidad gozosa con su ingenua lubricidad, mancillé para siempre la pureza de su cuerpo de niño.

Nadie puede imaginarse el sentimiento de culpa que me embargó desde ese momento. Es verdad que caí –o mejor que caímos- dos o tres veces más. Pero finalmente mis hombros no fueron capaces de cargar el peso de tamaño pecado. Busqué al obispo, le pedí una entrevista y le confesé todo, con pelos y señales, sin dejar nada en el tintero ni envolver mis palabras en el vaho atenuante de la disculpa. El padre confesor, tomando en cuenta la crisis de los Legionarios de Cristo y los múltiples problemas emanados de la pedofilia, tomó la decisión -que yo acaté inmediatamente- de que dejara el ministerio sacerdotal y me dedicase, fuera de la Iglesia, a rogarle a Dios que me perdonara, y a llevar la vida cristiana, con la inalterable honestidad que presupone, en espera de que algún día me readmitiese la Santa Iglesia, de conformidad con la vocación que al parecer no me había abandonado.

Esto ocurrió hace cuatro lustros. En este tiempo he sido muchas cosas, he desempeñado varios empleos y, tengo que confesarlo, no he salido triunfante frente a los demonios que tanto me acuciaron en el pasado. Ahora soy maestro de escuela y no pocos de los jóvenes que están a mi cuidado y bajo mi guía producen un hormigueo en mis manos y me desordenan las entrañas. Pero me controlo y renuevo mis oraciones.

Ayer fui a confesarme. Me enteré de la presencia en nuestra parroquia de un joven sacerdote, con fama de inteligente y bondadoso, que estaba causando muy buena impresión entre sus feligreses. Lo fui a buscar. Me dijeron que se hallaba precisamente en el confesionario. Hice cola unos minutos y me acerqué a la ventanilla a hablarle de mis pecados, mi debilidad, mi culpa, mi existencia. El nuevo padre me oyó con atención. Me hizo muchas preguntas. Me obligó a explayarme, a soltar todo lo que desde hacía años guardaba en el hondón del alma. Una vez que terminé mi narración, con voz muy suave y aterciopelada me dijo: Haz pecado gravemente, hijo mío, y aún no vences las

tentaciones. Pero no seas tan duro, tan rígido contigo mismo. Las pasiones son naturales, son criaturas del cuerpo, y aunque hay que dar una resuelta y permanente lucha contra ellas, a veces no podemos dominarlas y acallar sus nefastas vociferaciones. Pero no te preocupes, yo te comprendo., Aquí entre nosotros, quiero decirte que yo también he sido tentado y veo en la concupiscencia mi peor enemigo...Enmudeció de pronto y después de algunos minutos comprendí que la confesión había terminado. Me levanté del reclinatorio y me dirigí al atrio de la Iglesia. Allí encontré un grupo de seminaristas que conversaban con entusiasmo. Me acerqué a ellos y les hice la siguiente pregunta:

-Hermanos ¿cuál es el nombre del nuevo padre confesor?

Y uno de ellos me respondió:

-Me parece que Juan Dolores Pérez.

Y otro dijo:

-Sí. Pero siempre le han llamado Lolito.

## **SALDAR CUENTAS O UN DUELO A LAS 5:15 DE LA MAÑANA**

José y Roberto Rubio, dos hermanos casi de la misma edad, después de quedarse huérfanos, vivían juntos al cuidado de una pequeña tierra heredada de sus padres. Se querían entrañablemente y hubieran vivido en paz y siendo solidarios uno con otro para siempre, si una mujer, llamada Adalgisa, no los hubiera contrapuesto y convertido en adversarios. Ella anduvo primero con Jasé, luego con Roberto y después con los dos. Al caer en cuenta los hermanos de lo que ocurría, por las palabras inequívocas de un amigo común y por el comportamiento indiscreto de Adalgisa, decidieron resolver su disputa por medio de un duelo.

El hecho de que vivieran en el siglo XX, y los duelos fueran cosa del pasado, no les impidió resucitar ese acto añejo de salvajismo. A las 5.15 de la mañana –cuando la luz amodorrada del sol se mostraba aún incapaz de barrer los residuos más tercos de la noche- se hicieron presentes en el bosque convenido. Cada uno llevaba su propia pistola y prescindieron deliberadamente de los padrinos y del ritual artificioso de los duelos tradicionales. Convinieron, sí, en ponerse de espaldas, caminar cada uno en sentido contrario, volverse al otro en llegando a los veinticinco pasos y disparar...Este era el plan.

Pero mientras se fraguaba este operativo, Adalgisa, avisada por el amigo común de los hermanos, llegó corriendo, agitada e intempestivamente, al tenebroso lugar donde sus amigos tenían una cita con la muerte, y se colocó, para impedir el duelo, en un punto equidistante entre los hermanos que ya habían recorrido sus respectivos tramos, cortaban cartucho y extendían sus pistolas para disparar. Ambos, sin advertir su presencia, dispararon de manera simultánea y cada uno, queriendo dar en el blanco de su hermano, atinó en Adalgisa, la cual recibió una bala en el pecho y otra en la espalda, cayendo muerta al instante a los pies del grito destemplado y desgarrador que salió de su pecho.

Los hermanos, sorprendidos y acongojados, dieron sepultura, usando las escopetas como palas, a ese demonio de dulzura y sensualidad que los había embrujado. Al terminar el entierro, rezaron, sudorosos y cabizbajos, una larga oración familiar. Después se irguieron, guardaron las armas, se limpiaron el polvo, se miraron a los ojos y abrazados –presas de un sentimiento que rozaba la felicidad- volvieron lentamente a su casa, con la conciencia de que, ayudados por el destino, sin querer habían enterrado para siempre la embriagadora causa del efímero pero asfixiante olvido de su comunidad de sangre.

## HISTORIA DE UNA MANO Y DE LA OTRA

Esta es la crónica de una mano que vivió sus momentos de mayor felicidad cuando se hallaba unida al cuerpo, que fue separada de éste y que, sin ningún tipo de ceremonia, fue arrojada a la fosa común. Se trataba de la mano derecha del “Dinamita López”, famoso “peso medio” de la Arena México. La mano tenía su especialidad: causar un desorden irreparable en los rostros de sus contrincantes. Aquí, rompía el tabique de la nariz; allá, convertía la boca en labios leporinos; en una cara fundía uno de los ojos y dislocaba una mandíbula, en otra dejaba sin dientes al adversario y hechos papilla los maxilares.

Dos de sus víctimas, sedientas de venganza, lo sorprendieron en la noche al salir del gimnasio y a punta de pistola lo llevaron a un cuchitril en donde salió a relucir un machete que cercenó con un golpe seco la temida arma del “Dinamita López”. No corresponde a esta historia ser la cronista del aullido indescriptible de dolor del rey del cuadrilátero. Más bien su destino es volver los ojos a la mano que puede divisarse enrojecida, sangrante, amoratada. Los victimarios la envolvieron en un papel grasoso y creyeron poderla vender, conservada en un recipiente con alcohol, a los fanáticos del “Dinamita”; pero como el negocio no funcionó, y a nadie le interesó esa obscena reliquia, se deshicieron de ella en el basurero, fosa común de las manos cortadas, los dedos anónimos, las narices sin dueño.

Al cabo de ciertos meses, volvió a aparecer en el ring el “Dinamita”, y lo hizo con el nombre de “el Zurdo López”. En contra del reglamento y por pura lástima, lo dejaban boxear en las peleas secundarias; mas ahora, a pesar de que su fuerza nunca lo abandonó, se había vuelto cauteloso, viviendo sin decoro su decadencia, diestro para la defensa y medroso para el ataque, y todo ello porque fue invadido poco a poco por el temor de que el día menos pensado, después de un atraco vengativo como el anterior, lo dejaran sin la otra mano.

Lo dejaron sin la otra mano y convertido, ay, en “el manco López”, sirviendo como *punching bag* para la práctica cotidiana de los boxeadores. Además si se quedara sin la mano izquierda ¿con qué mano se persignaría antes de los golpes que le propínaran?

## Índice

|  |           |
|--|-----------|
| <b>CATATONIA.....</b>  | <b>2</b>  |
| <b>MINICUENTO.....</b>   | <b>4</b>  |
| <b>POLISEMIA.....</b>  | <b>4</b>  |
| <b>POZO.....</b>   | <b>5</b>  |
| <b>MENSAJE TRUNCO.....</b>                                       | <b>6</b>  |
| <b>MÚSICA DE CAMARA.....</b>                                     | <b>7</b>  |
| <b>EN TORNO A UN ASESINATO.....</b>                              | <b>9</b>  |
| <b>REFLEXION.....</b>  | <b>9</b>  |
| <b>REACOMODOS DEL CIELO.....</b>                                 | <b>9</b>  |
| <b>DESLINDE GRAMATICAL.....</b>                                  | <b>10</b> |
| <b>CONSEJO.....</b>  | <b>10</b> |
| <b>EL DIA EN QUE LA CLOTILDE Y<br/>YO FUIMOS A LA FERIA.....</b> | <b>11</b> |
| <b>TERCERA EDAD, TERCERA.....</b>                                | <b>13</b> |
| <b>MIRANDO EL RELOJ.....</b>                                     | <b>13</b> |
| <b>REX Y LA CULPABILIDAD.....</b>                                | <b>13</b> |
| <b>AMOR DE HERMANOS.....</b>                                     | <b>15</b> |
| <b>UNA PETICION DE MANO.....</b>                                 | <b>18</b> |
| <b>UN MAGO.....</b>  | <b>23</b> |
| <b>ESBOZO AUTOBIOGRÁFICO.....</b>                                | <b>24</b> |
| <b>LA FIESTA.....</b>  | <b>26</b> |
| <b>DIÁLOGO .....</b>   | <b>26</b> |
| <b>EL PIROMANÍACO.....</b>                                       | <b>27</b> |
| <b>VALORACIÓN.....</b>   | <b>30</b> |
| <b>EL PROBLEMA.....</b>  | <b>30</b> |
| <b>VOCACIÓN.....</b>   | <b>30</b> |
| <b>DE POR QUÉ TENGO CONTENTA<br/>A MI MUJER.....</b>             | <b>31</b> |
| <b>UNA REVOLUCIÓN.....</b>                                       | <b>32</b> |
| <b>CONSPIRACIÓN.....</b>   | <b>32</b> |
| <b>EL PACTO.....</b>   | <b>33</b> |

|                                     |           |
|-------------------------------------|-----------|
| <b>REFUGIO.....</b>                 | <b>36</b> |
| <b>SALDAR CUENTAS.....</b>          | <b>36</b> |
| <b>FANATISMO DE ALTURA.....</b>     | <b>38</b> |
| <b>JULIO AMEZCUA.....</b>           | <b>41</b> |
| <b>CUESTIONES METAFÍSICAS.....</b>  | <b>43</b> |
| <b>VENTANILLA DE INFORMES.....</b>  | <b>46</b> |
| <b>MUERTE DE UN FILÓSOFO.....</b>   | <b>48</b> |
| <b>EL RUMOR.....</b>                | <b>50</b> |
| <b>UN PAR DE CAMARADAS.....</b>     | <b>53</b> |
| <b>NOTA ROJA.....</b>               | <b>56</b> |
| <b>UNIVERSALIA POST REM.....</b>    | <b>59</b> |
| <b>EL TRAGAFUEGOS.....</b>          | <b>60</b> |
| <b>ARRANQUE DE MORALIDAD.....</b>   | <b>62</b> |
| <b>LOLITO.....</b>                  | <b>63</b> |
| <b>SALDAR CUENTAS O UN DUELO</b>    |           |
| <b>A LAS 5:15 DE LA MAÑANA.....</b> | <b>67</b> |
| <b>HISTORIA DE UNA MANO</b>         |           |
| <b>Y DE LA OTRA.....</b>            | <b>68</b> |